



Urgente necesidad de organizar una  
nueva y verdadera cruzada con objeto  
de convertir a Tierra Santa en Estados  
Pontificios.

Cruzado.

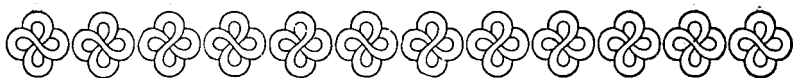
Año Santo de 1925.

Primera edición.—1.000 ejemplares.

LAS PALMAS

Tipografía del DIARIO, Buenos Aires 36





**Urgente necesidad de organizar una nueva y  
verdadera cruzada con objeto de convertir a  
Tierra Santa en Estados Pontificios.**



**Cruzado.**

**Año Santo de 1925.**

**Primera edición.—1.000 ejemplares.**

**LAS PALMAS**

Tipografía del DIARIO, Buenos Aires 36

## “Dedicatoria.”

**O**FREZCO este humilde trabajo a la Sagrada Familia por ser ella quién principalmente ha contenido la ira de Dios desencadenada contra la tierra en la cual el Mesías fué inmolado.

¡Tierra Santa! Jesús te ha purificado de tu horrendo crimen con la sangre de sus venas derramada al consumir su sacrificio para nuestra redención. María te ha perfumado con las lágrimas de sus purísimos ojos al sentir su virginal pecho atravesado por aquella cruel y dolorosa espada que sin tener piedad de ella traspasó su amoroso corazón. Y José te ha santificado con el sudor de su cuerpo, vertido en el tranquilo taller de Nazaret para ganar el sustento con que alimentar a su casta Esposa y a su Hijo adoptivo.

¡Oh familia tres veces santa! recibe con benevolencia este mal escrito trabajo que he tenido la osadía y el atrevimiento de ofrecerte.

*A. J. M. J. G.*

## “Advertencia.”

*Considerando a la presente obra como propaganda a favor de un santo ideal, queda admitida su reproducción parcial o total para cuantos periódicos, revistas o editores deseen imprimirla o traducirla, sin necesidad de pedir autorización a su autor.*

## “A los lectores.”

**E**L escritor de lenguaje elocuente, instruido y agradable al oído, el verdadero artista de la palabra, es el único que tiene derecho a hablaros, instruyéndoos o deleitándoos; yo no soy escritor, ni soy por lo tanto artista del lenguaje y por esta causa representa un gran atrevimiento en mi escribiros este tomito; sin embargo movido por mi espíritu cristiano no he podido dejar de trazar estas líneas, tal vez pura molestar vuestra benévola atención con una impertinente charlatanería, si es así perdonádmme, mas yo os prometo hacer todo lo posible por no cansaros.

Tarea muy superior a mis pocas fuerzas es la que he querido depositar sobre mis débiles hombros. Varias han sido las veces que he desistido de llevar a cabo esta empresa y otras tantas arrepentido de mi poca constancia he vuelto a reanudarla.

¡Hombre de poca fé! me ha dicho el Omnipotente cuando a El he acudido en consulta ¿porqué temes? ¿porqué no escribes en mi nombre?.

Animado con estas palabras he tomado la pluma en el nombre del Señor y al mismo tiempo he formado el firme propósito de dar a la luz pública estos no bién trazados renglones, esperando de vuestra exquisita amabilidad que me perdonaréis el atrevimiento de dirigiros la palabra y al mismo tiempo que supliréis las deficiencias que notáseis en esta obrita con vuestro buen criterio, teniendo muy en cuenta que su autor no pretende ni darse fama de escritor, ni hacer gala erudicción, ni recoger aplausos, ni aún siquiera escribe movido de fines lucrativos, sino que tan solo desea preparar el campo y sembrar la simiente para que otros más versados que él, en esta materia, la cultiven, a fin de que andando el tiempo dé el apetecido fruto. Yo soy el indigno precursor que, en asuntos literarios, no merezco ni siquiera desatarle la correa de los zapatos al que venga tras de mi a cultivar dicha semilla.

*Y no creais que al coger el lápiz para escribir estas líneas lo hago movido de una ilusión pasajera o víctima de un arranque locuaz, nó, nada de eso. mucho tiempo hace que vengo estudiando detenidamente este asunto, muchas han sido las personas con las que he consultado mi trabajo antes de publicarlo, mucho tiempo con objeto de no obrar con precipitación hace que trasladé al papel este proyecto sin determinarme a darle publicidad. Hoy día dejando aparte escrúpulos tontos y temores ridículos, me he aventurado a sacar de un rinconcito de mi biblioteca un legajo de papeles cubierto de polvo para trasladar a la imprenta su contenido que dentro de poco habréis de leer.*

*Tal vez la presente obrita provocará enemistades y mosas contra mí. Si esto ocurre, callaré hasta donde me sea posible, considerando que es inútil convencer a quienes dominados por la soberbia, la ira y el espíritu nó católico, rechazan este proyecto y le hacen infame guerra. Mas si me viese obligado a defender mis ideas y atacar las de mis contrarios, nó por eso defenderé mi persona, ni me atreveré a ultrajar en lo más mínimo a mis detractores sino que los compadeceré y rogaré a Dios por ellos. No pretendo por lo dicho querer aparentar rectitud de costumbres y vida ejemplar, nó, y para que nadie me eche nada de eso en cara siento a continuación la siguiente afirmación «por muy mal concepto que otros se formen de mi persona nunca igualará al que yo tengo formado de mi mismo.»*

*Un pequeño mérito tiene este tomito, y es que ha sido escrito con toda sinceridad y sin la más mínima mezcla de falsedad ni hipocresía.*

*Divido este pequeño trabajo en tres partes: en la primera hablaré sobre la historia de Tierra Santa, pero muy a la lijera y tocando únicamente los principales hechos; en la segunda, y también muy brevemente, haré un extracto de la historia de los Estados Pontificios; y en la tercera me dedicaré a dar a conocer la urgente necesidad de organizar una nueva y verdadera cruzada con objeto de convertir a Tierra Santa en Estados Pontificios.*

*Mi lenguaje áspero, sin mezcla de hermosura y lozanía, no es, bien lo sé, el más apropiado para haceros pasar un buen rato, mas poco perderéis con escucharme; precisamente por ser tan modesto este trabajo debe hacerse más acreedor a vuestra benévola atención.*

*Seré breve, y por lo tanto os suplico que me oigáis con paciencia.*

---

# “Tierra Santa”

LA Palestina, denominada antiguamente Tierra Prometida por habérsela ofrecido Dios a su pueblo y llamada en nuestros días Tierra Santa por haberse consumado en ella los misterios sublimes de nuestra sacrosanta religión, es una pequeña extensión de terreno situada en el Asia Menor, teniendo a los montes del Líbano al norte, el desierto de Arabia y los montes de Idumea al sur, el desierto de Siria al este y el mar Mediterráneo al oeste. Su superficie es aproximadamente igual a Cataluña y su población asciende a unos 250.000 habitantes. La capital es Jerusalén con 85.000 almas. Pertenece en la actualidad a Inglaterra. Está regada por el río Jordán que desagua en el mar Muerto y su exuberante vegetación era tal que se le conoce también en la Biblia por el «país que mana leche y miel» (1); sin embargo, hoy día se encuentra muy abandonada. La benignidad y hermosura de su grato clima explica claramente que haya sido habitada desde la más remota antigüedad y que fuese la tierra elegida por Dios para morada de su pueblo escogido.

Tan solo el breve espacio de una semana es suficiente para llegar a este hermoso país partiendo de Barcelona. Relativamente cuesta poco dinero, en la época presente, el visitarlo, pues con la módica suma de 5.000 pesetas en primera, 4.000 pesetas en segunda y 3.000 pesetas en tercera (cantidades aproximadas, estando comprendidas en ellas todos los gastos, tanto a la ida como a la vuelta de transporte, manutención, hospedaje, propinas, etc), todo el que quiera puede introducirse en la gran peregrinación *hispano-americana* que anualmente, saliendo de la capital catalana y pasando por Roma para pedirle al Sumo Pontífice que la bendiga, se dirige al anhelado país de Jesús y lo recorre en toda su extensión. La duración del viaje oscila entre dos y tres meses.

---

(1) Véase «Historia Bíblica» por Businger, página 70.

\* \* \*

Cuéntase entre sus primitivos pobladores a los descendientes de Canaán. Cerca de veintiun siglo antes de Jesucristo fué cuando Dios prometió al santo patriarca Abraham y a su posteridad, esta tierra, el cual se trasladó a ella.

Casi dos siglos más tarde su nieto Jacob, llamado también Israel, la abandonó para ir con toda su familia a Egipto, llamado por su hijo José que ocupaba el cargo de primer ministro del Faraón reinante.

Habiéndose multiplicado extraordinariamente la descendencia de los doce hijos de Jacob, que llegaron a formar una gran familia, y temeroso el soberano egipcio de que el floreciente pueblo israelita llegase algún día a amenazar su corona, mandó dar muerte a todos los varones recién nacidos de dicho pueblo, y esto dió ocasión a que Dios, compadecido de las lágrimas de tantas madres, sucitase a Moisés, que en nombre de Dios se presentó, con su hermano Aarón, ante el soberano egipcio y le pidió la libertad del pueblo israelita, consiguiendo tan solo que el Faraón tratase a los hijos de Jacob aún con más rigor. Por esta causa el Señor hirió a los egipcios con diez azotes espantosos, llamados las diez plagas de Egipto (2).

Atemorizado el rey permitió la salida del pueblo de Israel, el cual emprendió su camino, guiado de día por una columna de nubes que le hacía sombra y de noche por una de fuego que le alumbraba.

No tardó mucho en arrepentirse de lo hecho el Faraón que emprendió la persecución del pueblo elegido, a quien alcanzó en las orillas del mar Rojo

Llenos de pánico los israelitas, al ver a su frente las aguas del mar, que les impedían huir y a sus espaldas las armas egipcias que les tenían cortada la retirada, acudieron a Moisés, quien extendió su mano sobre el mar y al instante las aguas se dividieron, formando dos grandes murallas por entre las cuales pasaran los israelitas a pie enjuto.

Cuando dicho pueblo llegó a la orilla opuesta, el Faraón con

---

(2) Véase «Historia Sagrada» por Bruño, página 44 y 45 (dice así: «Las aguas del Pilo se convirtieron en sangre. Una multitud de ranas, mosquitos y moscas cubrieron sucesivamente todo el país. La peste arrebató a casi todos los animales. Los hombres fueron cubiertos de úlceras cancerosas. El pedrisco y la langosta devastaron sucesivamente los campos y las cosechas. Horribles tinieblas envolvieron el país por espacio de tres días, y finalmente, con la décima plaga, el Angel del Señor hirió de muerte a todos los primogénitos de los egipcios.»)



su gente atravesaba el mar Rojo por el mismo camino que había seguido Moisés y los suyos, mas este volvió a extender su mano sobre las aguas y al momento éstas se juntaron, pereciendo entre ellas todas las tropas egipcias, sin poderse salvar un solo hombre para contar el hecho.

Israel quedó de esta suerte libre y vengado de sus opresores.

Mientras transitaba por el desierto el Señor, lo colmó de favores y lo alimentó milagrosamente con maná y codornices. El agua brotó de secas y estériles peñas por mandato de Dios. Le dió también, por conducto de Moisés, su Santa Ley en el monte Sinaí.

Mas, el pueblo ingrato olvidó todos estos beneficios y se reveló diferentes veces contra Dios adorando becerros de oro y estableciendo otros cultos idólatras. Por estos y otros crímenes fueron castigados a permanecer 40 años en el desierto y no pudieron entrar en la Tierra Prometida ninguno de los que contaban más de 20 años cuando fueron castigados, exceptuándose únicamente Josué y Caleb, el primero de los cuales sustituyó a Moisés, que tampoco pudo entrar en la tierra de promisión por haber desconfiado del poder de Dios (3).

En las orillas del río Jordan sucedió lo mismo que en el mar Rojo, esto es, que las aguas se dividieron y el pueblo pasó atravesando su cauce.

La primera ciudad con que tropezó Israel, una vez pasado el Jordan, fué Jericó, fortaleza inexpugnable, a consecuencia de estar rodeada de una fuerte muralla provista de bien emplazados castillos, que hacían imposible cualquier tentativa para dominarla. Pero el pueblo escogido se apoderó de ella con suma facilidad, rindiéndola al cabo de siete días gracias a un nuevo milagro.

Josué conquistó casi toda la Tierra Prometida, que fué repartida entre las doce tribus de Israel.

Cuando falleció este bravo guerrero el pueblo en vez de finalizar la conquista comenzada pactó con el enemigo y adoró sus ídolos, cuyo delito le ocasionó muchas y frecuentes derrotas sufridas en guerra con los países vecinos que los oprimieron duramente y entonces el pueblo arrepentido volvió sus ojos a Dios, que

---

(3) Habiéndole vuelto a faltar agua a los israelitas el Señor ordenó a Moisés que golpease con su vara una roca. Moisés desconfió un instante y le dijo al pueblo «¿cómo podré yo hacer salir agua de esta roca para unos rebeldes como sois vosotros?» Desagradóle a Dios esta desconfianza y en su consecuencia no fué Moisés sino su sucesor Josué, el que condujo a Israel a través de la Palestina.

apiadado le envió el astuto Gedeón (4), al forzudo Sansón (5), al prudente Samuel y a otros héroes que lo condujeron a la victoria.

Poco después sobrevino el poder real, entre cuyos soberanos se hicieron famosos el ingrato Saul (6) y el piadoso rey David (7), que si bien tuvo una época en que olvidado de Dios cometió los mayores crímenes, también es muy cierto que las lágrimas de arrepentimiento que cayeron de sus ojos lo hicieron digno de perdón y esto unido a la penitencia y santidad que luego tuvo, le hizo merecedor de ser reconocido, además de profeta, «como santo para su época» (8), en que la proximidad de los ídólatras lo contagiaba todo. Conquistó a Jerusalén, erigiéndola en capital de su reino y traladó triunfalmente a ella el arca de la alianza.

Pero cuando el pueblo elegido disfrutó de toda su grandeza y esplendor, fué en el reinado del sabio Salomón, que edificó un magnífico templo al Dios de su padre y en cuya época se descubre una era de paz, prosperidad y bienestar que causó la felicidad de los israelitas y motivó la *edad de oro* de dicho país, aunque más tarde la corrupción moral de que el monarca dió tan abundantes y lamentables pruebas preparó la ruina y decadencia de su pueblo que a su muerte se dividió en dos bandos, que aniquilaron su fuerza material haciéndose la guerra mutuamente y su fuerza moral ofreciendo adoración a la idolatría y dando ocasión a que los asirios y los caldeos les hiciesen llorar con lágrimas de sangre su ingratitude para con Dios en el triste y largo cautiverio de Asiria y Babilonia.

Volvió en tiempos de Ciro, rey de Persia, el pueblo judío a su patria, para caer en el año 333 en poder de Alejandro Magno, emperador de la Grecia.

Más tarde volvió a conseguir su independencia gracias al héroe esfuerzo del piadoso Matatías secundado por sus cinco hijos. Esta familia, enterada de todas las exigencias y crueldades del

---

(4) Con trescientos hombres armados de cántaros y antorchas encendidas derrotó, gracias a una habilísima estratagema, al colosal ejército de los madianitas.

(5) En su juventud despedazó a un furioso león. Más tarde fué atado por sus enemigos con siete cordeles, que él rompió como si fuesen hilos. En otra ocasión, con la quijada de un asno, mató a más de mil filisteos. Y por último derribó las columnas del templo de Dagón, muriendo él con tres mil hombres aplastados por los escombros.

(6) Usurpó el ministerio sagrado ofreciendo a Dios sacrificios reservados únicamente para el Sumo Sacerdote. En otra ocasión se reservó la mejor parte del botín de sus enemigos contra la voluntad del Señor.

(7) Cuando aún era niño, vestido de pastorcillo y sin más armas que su honda, derribó al gigante Goliát, terror de los israelitas, con cuyo hecho adquirió mucha fama.

(8) Véase «Nueva guía de Tierra Santa» por Meistermann, página 5.

Rey Antíoco, resolvió, dolorida por tan abominable corrupción, libertar a su país de aquel yugo tiránico. Y vióse a Matatías recorrer las calles de Jerusalem, exclamando: »¡Todo el que tenga celo por la Ley de Dios, que me siga!» Retiróse después a las montañas de Judea, en donde imploró el auxilio divino y una vez que hubo organizado un pequeño ejército con los que le habían seguido, se dirigió a la ciudad y destruyó todos los altares idólatras que encontró a su paso, amparando a los fieles y persiguiendo a los enemigos de la Ley Santa.

Al fallecer este valiente soldado fué nombrado para sustituirle su hijo *Judas*, llamado el *Macabeo* por sus proezas belicosas. En los combates su arrojo unicamente puede compararse con la del fiero león, siendo con los suyos más suave y benévolo que el manso corderillo.

Los generales de Antioco fueron derrotados en varios encuentros por él que llegó a apoderarse del templo «cuyos atrios estaban cubiertos de zarzas y malezas cual si fuera un bosque» (9) y se hizo dueño de Jerusalem.

Al saber Antioco la infausta nueva de que sus mejores generales habían sido completamente batidos por el temible Macabeo, lleno de cólera y queriendo vengar el ultraje, marchó en persona sobre Jerusalem, mas entonces, tal vez se reprodujeron en su mente las fatídicas palabras «Mene, Técel, Fáres» pues sus días estaban ya contados y puesto en la balanza de la eterna justicia había sido encontrado falto de peso, Y sucedió lo que tenía que suceder, que la justicia de Dios lo alcanzó cuando iba camino de Jerusalem y cayéndose del hermoso carro que lo transportaba se produjo una profunda herida y poco después se apoderó de ella tal corrupción que los gusanos hicieron su aparición. Dicha corrupción se extendió por todo su cuerpo y a causa de esto sus carnes podridas empezaron a caerse a pedazos despidiendo tal hedor que todos los que rodeaban se vieron obligados a huir de su lado.

Hay un refrán que dice que «nadie se acuerda de santa Bárbara sino cuando está tronando» y algo parecido le sucedió a Antioco, que en tan suprema angustia y por temor a la muerte que se le acercaba a pasos de gigante, invocó al Dios que perseguía, el cual no le oyó porque su arrepentimiento no era sincero y le dejó morir en medio de tormentos tan dolorosos como los que él había hecho padecer a los siete hermanos macabeos, a los cuales, para que renegaran de sus santas creencias (primeramente intentó conseguirlo con halagos y promesas y como en vez de renegar se

---

(9) Véase «Historia Bíblica» por Businger, página 141.

afianzaron más) los mandó azotar con fuertes varas y al ver que con esto nada conseguía, ordenó que les cortasen, empezando por el más viejo y en presencia de su propia madre, la lengua, los pies, las manos y que les arrancasen la piel de la cabeza, y una vez hecho esto fueron arrojados, uno después de otro, dentro de una sartén de bronce para que fueran asados vivos, causando el asombro de sus verdugos la serenidad pasmosa con que sufrieron todos estos tormentos, llegando hasta decirles con la faz sonriente: «vosotros nos quitáis la vida terrena, pero en cambio nos dais la celestial; os quedamos agradecidos.» Cuando le llegó el turno a la madre es probable que dijera para sí «ayer era la madre de siete niños, mas hoy soy la madre de siete mártires»; o esta otra frase «doy gracias a Dios por ser martirizada por El ocho veces en un solo día» y sufrió igual suerte que sus hijos. ¿No merecía por todo esto Antioco experimentar la muerte que sufrió?

Su hijo tomó el mando de las tropas e intentó reconquistar la Judea. Al enterarse el Macabeo imploró la protección de Dios y lleno de confianza presentó batalla a su rival, y dice la santa Biblia que cuando más reñida estaba la pelea aparecieron de repente a la vista de los enemigos, descendiendo del cielo, cinco hombres con espadas resplandecientes y montados sobre briosos caballos, enjaezados con montura dorada, dos de los cuales, colocados a ambos lados del Macabeo, lo defendían con sus armas y mientras tanto los tres restantes esparcían el desorden entre las filas enemigas con sus armas que despedían fuego, de suerte que cegados y atemorizados los adversarios, cayeron por tierra una buena parte, rindiéndose, y los demás emprendieron precipitada fuga, consiguiéndose una completa victoria.

A Judas el Macabeo le sucedieron sus hermanos que gobernaron con acierto, pero sus sucesores no se parecieron a ellos sino que se entregaron a toda clase de vicios, que fueron imitados por el pueblo, y como resultado de lo dicho, sobrevino la guerra civil. Para resolver el litigio fué consultada Roma, la cual se incautó al poco tiempo de toda la Judea, poniendo a Herodes por rey de los judíos, en cuyo reinado vino al mundo el Redentor de la Humanidad.

En el año 70 de nuestra era cristiana, dió la Judea el grito de rebelión contra el poder romano, y entonces el Cesar envió a uno de sus mejores generales llamado Vespasiano, sobre el cual tuvieron los judíos, en un principio algunos pequeños triunfos que los envalentonaron. Poco después fué nombrado emperador este general que abandonó aquellos lugares después de haber encomendado a su hijo Tito la continuación de sus planes de campaña. Este cercó por completo a la ciudad de Jerusalem para rendirla por medio del hambre, que se declaró en ella con tal violencia que

«los judíos se vieron obligados para conservar sus vidas a comerse el cuero de sus calzados, de sus cinturones y de sus escudos. Una madre sintió de tal manera la angustia de la carestía, que no tuvo reparo en matar a su propio hijo y comérselo, con horror de los soldados que habían sorprendido el crimen y con indignación de Tito, que juró sepultarlo bajo los escombros de la ciudad, para que no lo viera el sol» (10).

La guerra civil estalló en el interior de la ciudad en donde todo era desorden y degradación. Los Zelantes de Giscala y los Sicarios de Simón, después de haber destruido a los partidarios de Eleazar, se lanzaron los unos contra los otros matándose en lucha fratricida y sangrienta.

Grupos de guerreros recorrían las calles torturando a infelices mujeres para obligarlas a entregarles los víveres que tenían escondidos para alimentarse ellas y dar de comer a sus hijos. Algunos salieron al campo para recoger hierbas con que mitigar el hambre, a pesar de que veían brillar las armas romanas, que no los dejaban ni aún siquiera pastar como las bestias, prefiriendo comer a vivir. Los prisioneros cogidos en esta forma fueron inmensos, hasta el punto de que a Tito, siéndole de todo punto imposible conservarlos, mandó crucificarlos. Y fueron tantos los crucificados en las cercanías del Gólgota, que según frase de Josefo (historiador judío, contemporáneo de estos hechos) «faltaba el tiempo para hacer cruces y no se hallaba lugar para plantarlas.» Corrió la voz en el campamento cesariano de que algunos avaros judíos para poder salvar sus riquezas se habían tragado todo el oro que habían podido y por esta causa los soldados romanos mataron a infinidad de prisioneros y se entretuvieron en registrar cuidadosamente sus estómagos en busca del codiciado metal.

Cuando Tito atacó a Jerusalem el templo ardió por los cuatro costado, la confusión fué espantosa, por doquier se oían las arengas de los jefes, el pavoroso estruendo de las armas chocando entre sí, el fragor y la cólera de los combatientes, la gritería de vencedores y vencidos, los ayes lastimeros de los moribundos, etc.

El filo de la espada romana no respetó ni aun siquiera a viejos, mujeres y niños; antes por el contrario se hundía de un solo golpe en los cuerpos indefensos de estas desdichadas víctimas.

El suelo cambió su color natural por el rojo y las aguas de las fuentes, durante gran número de días, dejaron de ser transparentes y cristalinas.

El aspecto de la ciudad no podía ser más horroroso, pues los

---

(10) Véase «Cuadros evangélicos y Lugares santos de Palestina» por Aracil, página 552.

romanos tuvieron que tomar palmo a palmo cada una de sus calles, empleando muchos días y mucha sangre para poder conquistarlas.

La frase *delenda est...*, pronunciada por el austero Catón contra Cartago, se volvió a oír, pero refiriéndose esta vez a Jerusalén.

Nada fué allí respetado. El hierro y el fuego se pusieron de acuerdo para matar a los hombres y destruir los edificios. Las tropas se derramaron por doquier con el puñal homicida en una mano y la tea incendiaria en la otra.

De todo esto únicamente supieron aprovecharse las infinitas aves de rapiña que, atraídas por el olor de la carne, tuvieron su culento festín por mucho tiempo.

En esta forma la hija de Sión expió su horrendo crimen, cumpliéndose la profecía de que «no quedaría piedra sobre piedra, ni escombros sobre escombros». La sangre que los judíos no tuvieron ningún reparo en solicitar que cayese sobre ellos y sobre sus hijos, cayó, y con sobrada violencia sobre parte de la generación que lo pidió y sobre las que le han sucedido, las cuales vagan errantes por el mundo sin patria ni hogar, despreciadas y envilecidas.

Algún tiempo después, los judíos, en su desesperación por haber crucificado al Hijo de Dios, en vez de hacer penitencia para reparar la falta cometida, proclamaron Mesías a un tal Barcoquebas y dieron nuevamente el grito de insurrección contra el poder romano, el cual cayó sobre ellos con sus valientes legiones y los exterminó, aplastándolos como a un vil reptil y quitándoles hasta la esperanza de una remota independencia.

Después de una existencia pagana alboreó al fin para Tierra Santa una nueva era de paz, pues el cristianismo saliendo triunfante de Las Catacumbas romanas, subió al trono de los césares en la persona del generoso Constantino y de su piadosa madre santa Elena, los cuales protegieron con mucho entusiasmo todo lo que a Tierra Santa se refería.

Queriendo los césares anteriores a éste borrar por completo las huellas de los Santos Lugares, mandaron cubrir el Calvario y el Santo Sepulcro con montones de tierra y piedra, construyendo encima un templo a Venus y Jupiter respectivamente. Este hecho en vez de hacer desaparecer tales lugares los dejó señaladísimos y por eso santa Elena cuando los quiso encontrar, no necesitó sino mandar quitar los escombros allí acumulados y en el acto aparecieron.

Constantino edificó un templo para el Sepulcro Sagrado y arrancó del poder de los infieles el santo madero de la verdadera

cruz, que como trofeo de victoria condujo en hombros hasta el Calvario, llevando sus pies descalzos.

Por espacio de tres siglos brilló en esta tierra la religión de Cristo, turbada únicamente por el rápido paso de una revuelta samaritana.

Mas, habiéndose relajado las costumbres, Dios envió sobre Palestina a las terribles hordas de Cósroe II, rey de Persia, que furioso entró por las calles de la ciudad, saqueando, devastando, matando y quemando. «Como se siega la paja, así se segaban los hombres en aquel día (dice una crónica célebre) y la sangre circulaba cual impetuoso terrente.»

Más tarde, habiéndose desarrollado el mahometismo, sus partidarios, los árabes, la invadieron, sembrando el terror y la desolación por donde quiera que pasaban, y su caudillo, el califa Omar, recibió el título de cruel y sanguinario por la encarnizada persecución que emprendió contra los cristianos, a cuyo título se hicieron todavía más acreedores sus ímpios sucesores.

Tales fueron las matanzas de cristianos en el siglo XI, tales las profanaciones cometidas por los sectarios de Alá, tal la saña con que, sin perdonar a mujeres y niños, se cebaron en los que no querían reconocer sus falsas creencias, y esto unido a la pérdida de todos sus bienes y además a una serie incontables de sufrimientos, tormentos y vejaciones, obligó a emigrar a casi todos sus habitantes, y entonces fué cuando la voz enérgica y activa de Pedro el Ermitaño se dejó oír en Roma, dando a conocer las calamidades que atormentaban a los pobres cristianos residentes en Palestina, oído lo cual por el Papa le hizo lanzar el famoso grito de *Dios lo quiere*, repetido por infinidad de oradores sagrados, y entonces surgió un caudillo, un nuevo Josué, un forzado Macabeo, llamado Godofredo de Bouillón, a cuyas órdenes Europa entera, como arrancada de cuajo, se lanzó al Asia a la conquista de la patria de Jesús.

De cinco a seis millones de hombres enviaron las naciones cristianas de la Edad Media para rescatar su suelo del poder de los mahometanos, mucha sangre costó su conquista, hasta el punto de decir algunos historiadores, para ponderar el hecho, que «dicha sangre llegaba hasta las bridas de los caballos» (11) y según dice una muy bien cortada pluma «la tierra se llenó de muertos y el cielo se pobló de mártires.» Pero al fin el valor de los caballeros de la cruz, enardecidos por las continuas y calurosas arengas de su

---

(11) Véase «Historia Universal» por Moreno Espinosa, página 328 y nota 731.

famoso caudillo, hizo retroceder a los infieles y dió ocasión para que se fundase el reino latino de Jerusalén.

Parecía como si el pueblo de Dios hubiese resucitado, las mezquitas musulmanas fueron derribadas y en su lugar se construyeron y restauraron los santuarios cristianos.

Hermosa frase digna de ser esculpida con letras de oro en todos los monumentos de Tierra Santa, fué la pronunciada por Godofredo de Bouillón, el cual, al ofrecérsele la corona del reino latino, dijo: «no quiero ceñirme una corona de oro en donde Jesucristo se la ceñió de espina» (12) y se contentó con el título de «Barón del Santo Sepulcro,» rechazando el de rey con que el pueblo cristiano le aclamaba.

Parecía esta la época destinada por el Altísimo para lavar su mancha, para limpiar su infamia, para extirpar su delito; pero una vez muerto este bravo soldado, el pueblo se olvidó nuevamente de su Dios y la corrupción lo invadió todo. Mas, la Omnipotencia divina, antes que consentir que aquel suelo sagrado fuese de nuevo manchado con las infamias de los que decían ser cristianos, prefirió que fuese profanado, nó por sus hijos, sino por los adoradores de Alá, y para ello sucitó a Saladino que, al frente de sus salvajes guerreros, destruyó el corrompido reino.

Muchas tentativas hicieron después las naciones cristianas, en cruzadas sucesivas, con más o menos suerte, para rescatar su suelo; pero Dios no quiso que la tierra regada con la sangre de su Hijo y las lágrimas de su Madre, fuese una vez más ultrajada y envilecida con los vicios de los que fingían ser cristianos.

Pasó después Tierra Santa al dominio del imperio turco, y durante esta época Napoleón fué a turbar el sueño de las regiones de Oriente con el brillo de su victoriosa espada que describaba tronos y desbarataba imperios. Pasó, como un relámpago destructor, por la Palestina, sin preocuparse para nada de su triste suerte, yendo a coronarse de laureles en las proximidades del Tabor para luego estrellar inútilmente sus legiones contra San Juan de Acre, no dejando de sí más recuerdo que el que deja el huracán, una vez que ya pasó.

Desde que la Sublime Puerta se apoderó de la Palestina, los únicos que verdaderamente se han preocupado de su destino por espacio de siglos y siglos, los que de verdad han amado aquel santo suelo, los que a costa de muchos sacrificios han mantenido una guardia perpetua en los Santos Lugares, son los padres franciscanos. Me es imposible concluir la historia de Tierra Santa sin decir, aunque muy malamente, algo sobre ellos.

---

(12) Véase «Los Héroes de la Cruzadas» por Pedro Umbert, página 77.



¡Cuán sublime y digna de todo elogio es la labor que han desarrollado en Tierra Santa después de la marcha de los cruzados vencidos por los hijos de la Madre Luna! Temo ofender su gran modestia al escribir estas líneas, pero no puedo pasar por alto su heroísmo que aunque desconocido para nosotros, no por eso deja de ser sublime.

Cuando los cruzados abandonan las playas Palestinas, nuevos cruzados, nó con la espada en la mano sino con la cruz en la diestra, a cuyo frente marcha S. Francisco de Asís, llenos de bélico ardor, sin ignorar que les espera la hermosa cruz del martirio, se lanzan a la empresa con la sonrisa en los labios y el corazón henchido de gozo y cuantos en vez de pisar la Jerusalem terrestre a donde se dirigían, sin haber podido llegar a ella porqué el martirio los ha sorprendido en su camino, han pisado la Jerusalem celestial!

Para darnos una pequeña idea de los tormentos, persecuciones, calamidades, etc. con que los turcos, en el siglo XVII, atormentaban a los pobres franciscanos, creo que nos bastará con leer el siguiente detalle de la relación que a principios de dicho siglo enviaba al Sumo Pontífice, el entonces custodio de Tierra Santa, S. Francisco Manerba: «En cuanto a las injurias y afrentas contumelias y heridas que los hijos de Vuestra Beatitud, los religiosos frailes menores, padecen continuamente de los turcos y de los árabes, baste deciros, que si salen del convento para visitar los santuarios no faltan nunca muchachos que los acosen con pedradas e injurias y aún a veces turcos de mayor edad que los cojan por la barba y los arrastren por las calles. Si están retirados orando, celebrando o atendiendo como de costumbre a los divinos oficios, pocas veces dejan de sentir a las puertas del convento la gritería de algunos turcos que les piden vino, pan aceite, azúcar y otras muchas cosas. Si van a la montaña de Judea gran cosa será que no retornen al convento malamente heridos. En el caso de dirigirse a Belén hácenlos correr a pedradas por el camino y en este convento del Santísimo Salvador son muchas veces puestos en largo asedio por los árabes. Cuando tienen que marchar a Galilea apenas pueden estar seguros de otra cosa que de ser apedreados. El ir al río Jordán les es tan peligroso que doce religiosos... después de muchos golpes y heridas, fueron despojados de sus hábitos, quedando completamente desnudos y en tan lastimoso estado que apenas pudieron llegar con vida al convento, después de estar caminando tres días a la ventura por aquellos montes y valles. Si la obediencia los envían a Egipto o Siria a predicar o a administrar los sacramentos a los fieles, la peste los consume. ¡Solo Dios sabe, Beatísimo Padre, las angustias de que me veo rodeado! Los gobernadores de la ciudad y del reino no se cansan nunca de exigirnos dinero, amenazándonos con cortarnos la cabeza si no les

damos al punto todo cuanto nos piden. Tal es, Beatísimo Padre, el modo como vive la pobre familia franciscana de Tierra Santa, sufriendo por la gloria del nombre de Cristo innumerables males: en el exterior guerras y persecuciones; dentro del alma incesantes temores» (13).

Y por si esto no fuese suficiente, cuando el Bajá, con falsos pretextos, las mandaba castigar, los verdugos les daban centenares de palos, principalmente en la planta de los pies, y por cada palo que les daban los sentenciaban a pagar un real de a ocho (moneda que usaban en aquellos tiempos); de suerte que si les daban quinientos palos, quinientos reales les hacían pagar, y era realmente una cosa muy curiosa ver a todos los frailes contando con sus rosarios los palos que recibían, para que no los engañasen en el momento de pagarlos, pues, los verdugos decían que el trabajo que ellos se tomaban al dar los palos lo tenía que pagar el *paciente* que los recibía. Pero los buenos padres sentían mucho más que los hiciesen pagar tantos reales como palos habían recibido, por qué iban en perjuicio de las limosnas de Tierra Santa (14),

Cuando pedían socorro a la autoridad por los atropellos de que eran víctimas, se fingía atenderlos y luego, por haberles hecho justicia, exigían grandes sumas de dinero, que tenían que abonar en el acto, y sino, iban al tormento hasta que piadosos peregrinos los rescataban.

Podrán quizás reanudarse todos estos tormentos, podrán los hijos de Mahoma perseguirlos con más encono, podrán agitarse alrededor de sus cabezas los alfanjes desnudos de los sarracenos pero ellos no abandonarán jamás su puesto de honor guardando los Santos Lugares. Morirán, si preciso es, como mueren los héroes, como mueren los mártires. Se dejarán despedazar, pero no dejarán su puesto mientras circule por sus venas una sola gota de sangre. Muertos unos, vendrán otros a ocupar aquel lugar y con frecuencia se repetirá el caso increíble de dirigirse ya casi cadáveres a los verdugos que aún los atormentan y decirles: «gracias, gracias, porque por tí dentro de poco estaré en la verdadera tierra prometida, le pido a Dios que te perdone y te premie, bendito seas».

¿Pero desmayar? ¿Abandonar su sitio por temor a la muerte? ¿Extinguir la misión que les confió su fundador? ¡Oh, eso nunca, jamás!

---

(13) Véase el «País de Jesús» por Eiján, páginas 155 y 156.

(14) Véase lo que con relación a esto y bajo el título «Pagando a sus propios verdugos» dice Eiján en su obra «España en Tierra Santa», página 173.

¡Estos cruzados serán siempre los centinelas de los Santos Lugares!

¡He aquí a un puñado de valientes dispuestos para todos los combates!

¡Aquí teneis a una guardia de honor que ha sabido y sabrá morir, pero que ignora lo que es rendirse!

Recientemente, después de la guerra europea, se ha convertido Tierra Santa en colonia inglesa; pero dicha tierra suspira constantemente por algo mejor ¿Cuál será, pues, el porvenir que le conviene para que quede en un lugar digno de ella? Más adelante lo veremos.

---

---

# “Estados Pontificios”

---

Los Estados Pontificios eran una pequeña extensión de terreno, situada en el centro de Italia, gobernada por el Papa y teniendo por capital a Roma.

\* \* \*

En breves palabras pienso dar una pequeña y rápida idea de dichos estados a los que, ocupados en otros asuntos, no han podido fijarse en este.

Sin embargo, considerando lo mal que yo lo haría, quiero que plumas más ágiles que la mía se encarguen de ello. Dejaré, pues, hablar al célebre orador y escritor católico, D. Narciso Plá y Deniel, entresacando trozos de sus admirables discursos, pronunciados en defensa de los Estados Pontificios en la Academia Calasancia de Barcelona, en el año 1890.

(15) «Al tratar de averiguar el origen del poder temporal de los papas, encontramos alguna discrepancia entre los autores. Unos, como Tomasino y Maistre, lo colocan en el primer tercio del siglo octavo, en que la heregía iconoclasta ocasionaba días de amargura y llanto a la Iglesia. Otros, como Bernardi y Golmayo, creen hallarlo en las donaciones de Pipino y Carlomagno. Entre los historiadores protestantes, quien lo coloca en tiempos de Gregorio el Grande, quien en tiempos de Julio II, etc. El Sr Parrilla afirma que tuvo lugar durante la invasión lombarda, demostrando al propio tiempo ser completamente falso lo dicho por Gibbon» («que la *supuesta* donación de Constantino había sido el mágico estribo con que la Iglesia había pretendido apoyar su soberanía». La falsedad de las documentos en que esto se decretaba fué pro-

---

(15) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, páginas 4 y 5.

bada con tal cúmulo de razones, en el siglo XV, por Lorenzo Valba, que a partir de esta época nadie ha vuelto a querer defender la anterior teoría).

«En mi parecer, que es siempre, señores, muy humilde. pero mucho más al lado de los hombres que acabo de citar, es preciso distinguir, si se trata de averiguar el período o momento de la historia en que los papas empiezan a ejercer la soberanía, o bien, si se pretende saber la causa u origen del poder temporal de los papas. Si lo que se desea averiguar es lo primero, considero lo más acertada la opinión del señor Parrilla, quien dice: que es imposible fijar de un modo preciso el momento en que los papas empezaron a ejercer el poder temporal, si bien, se puede afirmar que fué durante la invasión lombarda, antes ya de las donaciones de Pipino y Carlomagno, pues si bien es muy cierto que estos soberanos agregaron muchos territorios al patrimonio de los Pontífices, no es menos cierto que algunos territorios estaban ya sujetos a la soberanía del Papa, conforme se desprende de las mismas actas de donación. Pero si lo que se desea saber, no es el día o momento en que los Pontífices empiezan a ejercer la soberanía, sino la *causa u origen* del poder temporal de los Papas. entonces, señores, con Lacordaire, Nicolás y otros varios, creo se remonta a tiempos mucho más lejanos, tan lejanos, que casi se confunden con los arcanos de los siglos. porque la verdadera causa u origen del poder temporal del Pontífice, no es otra que la Voluntad de Dios, que desde remontísimos tiempos venía preparando los acontecimientos, de tal suerte que se formara una ciudad gloriosa, que sirviera de Sede propia al Vicario de Jesucristo en la tierra, y esta ciudad, señores, era la ciudad de Roma.»

\* \* \*

(16) «Constantino, comprendiendo que Dios no había destinado a Roma, ni para el Emperador, ni para el Cónsul, ni para el César, comprendí que en Roma no puede haber más que el Pontífice, y ¿qué hace señores? Cual si sintiera en su interior una voz secreta, como dice Maistre, recoge sus palmas civiles, ciñe en su frente los laureles militares y el gran Constantino se traslada con toda su corte a Bizancio, dejando a Roma para el Pontífice.»

«Con el acto de Constantino, el Papa es ya el Señor de Roma; él constituye la figura más saliente, pero no es todavía el rey, no tiene todavía estado propio. Todos vosotros sabeis, que no

---

(16) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, páginas 11 y 12.

existe un solo estado que no haya sido formado por la guerra o la conquista. Pero el Pontífice no podía alcanzar el suyo por semejantes medios; si tenía que poseerlo, menester era que lo alcanzase de un modo natural y pacífico, sin derramamiento de sangre, sin intrigas diplomáticas, sin injustas invasiones: mas para ello, menester era que viniese un hecho providencial que constituyera el pequeño patrimonio de San Pedro; pero como la existencia de este patrimonio estaba en la voluntad divina, el hecho no podía faltar, y el hecho vino y fué: la invasión de los bárbaros que tuvo lugar a principios del siglo V.»

«La invasión de los bárbaros no constituyó en el acto, pero preparó para bien pronto el poder temporal del Papa. Los pueblos del norte, más salvajes indudablemente que el pueblo romano, pero menos corrompidos; más bárbaros también que él, pero más llenos de amor y de virtudes, vinieron a destruir el viejo y caduco imperio romano, dentro del cual vagaba errante todavía el alma pagana, proporcionando de esta suerte al cristianismo los nuevos pueblos que él necesitaba, y formando, con sus continuas correrías e invasiones, el estado que más adelante había de ser indispensable para que debidamente pudiese ejercer su misión el augusto Jefe de la Religión de Cristo.»

\* \* \*

(17) «Tiene, pues, lugar a principios del siglo V la invasión del pueblo bárbaro. Con esta invasión el imperio romano queda aniquilado y destruído; se talan los campos, se incendian las ciudades, la autoridad soberana vaga errante de un extremo a otro de Europa, salvándose solo en medio de aquel universal naufragio, la autoridad de la iglesia, que cual faro luminoso estaba destinada a dirigir la suerte del mundo. Durante la invasión, la Iglesia se encuentra en situación muy distinta de la que tenía durante los primeros siglos. Los Pontífices antes encarcelados y perseguidos se encuentran revestidos de todo aquel esplendor y grandeza que por su saber y sus virtudes se habían conquistado; y como, conforme dice Guizot (18), cuando no se sobrepone la fuerza, el poder vá a parar siempre en manos de los más capaces; en medio de aquella deshecha borrasca, el poder fué a parar en manos de los Pontífices; porque siendo la Iglesia la depositaria de los restos de la cultura y civilización latina, grande y poderosa por la unidad

---

(17) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, páginas 12 y 13.

(18) Véase «Historia de la civilización europea», lección 5.

de su jerarquía, guardadora de la moral, administradora de la justicia, se ofrece ella como el único amparo y sostén de los pueblos, en medio de aquel espantoso estado en que estaban sumidos. Fórmanse las nuevas nacionalidades y váse formando también el reino de Italia.»

\* \* \*

(19) «Mientras la Italia se estaba formando, invaden su suelo, primero los Visigodos capitaneados por Alarico, y bien pronto aparecen también numerosas bandas de Suevos, Alianos, Vándalos y Borgoñones, dirigidos por Rhodogasto. Expulsados éstos, quedan los Visigodos.»

«Bien sabéis que Alarico, burlado en sus esperanzas por Honorio, sitia a Roma; apareciendo entonces la sublime figura de Inocencio I, que viendo el abandono en que Honorio dejaba a Roma, desempeña el oficio de Rey de la capital del orbe católico con tal acierto, que a buen seguro que se hubiera evitado el saqueo a que Roma fué entregada por espacio de tres días, si no hubiese sido por la negligencia de los cortesanos, que no quisieron hacer nada para salvarla. Sin embargo, el bárbaro Alarico, que jamás había respetado otra autoridad que la suya, ya fuese porqué comprendiera que el saber y la virtud residían en los cristianos, ya fuese por otras causas, lo cierto es, que prohíbe sean objeto de saqueo, lo mismo el Vaticano, que las iglesias de San Pedro y San Pablo, donde corren a refugiarse los romanos con sus tesoros, salvándose así miles de víctimas y cuantiosos intereses. De esta suerte los romanos empiezan ya a prescindir de los emperadores, que los dejan en el mayor abandono, entregándose a los pontífices, que los protegen y amparan.»

«Vienen más tarde los Hunos, capitaneados por el cruel y sanguinario Atlila, el más feroz de todos los jefes bárbaros que habían invadido el imperio. Después de pasar a sangre y fuego multitud de ciudades, se dirige hacia Roma, y cuando aquel bárbaro inflexible, de quien se ha dicho que «donde ponía su caballo los cascos, no volvía a brotar la hierba», mas dispuesto estaba a destruir y arrasar a Roma, se le presenta León el Magno y ¡oh asombro! la fiereza se convierte en humildad, y el bárbaro Atila, que jamás había abandonado una ciudad sin haberla antes saqueado, emocionado por las dulces palabras del Pontífice, abandona Roma, encerrándose nuevamente en la Panonia. Todos vosotros conoceis

---

(19) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, páginas 13 a 15.

este hecho, que el pincel de Rafael acabó de inmortalizar. Los papas de esta suerte son por segunda vez los salvadores de Roma.»

«Viene luego el vándalo Genserico que saquea y destruye a Roma. Aparece nuevamente el genio tutelar de San León y el bárbaro aplaca sus iras. Su entrada en Roma no por eso ha sido estéril; la consternación y el llanto invaden los hogares y desaparecen de Roma inmensos tesoros. Nada hace el Emperador; en cambio el Pontífice, después de convertir las iglesias en hospitales y socorrer a miles de enfermos, se dirige a Genserico y logra de él que respete las iglesias de San Pedro y San Pablo, y que cese de matar y de incendiar, salvándose así nuevamente las vidas y los hogares de los romanos. El Papa es una vez más el salvador de la Ciudad Eterna.»

«He aquí, pues, señores, que en todas las grandes catástrofes por que pasó Roma, siempre se presenta un mismo y único salvador ¿cuál? el Pontífice».

«Los Hérulos deponen a Rómulo Augústulo, último emperador de Occidente, y surge entonces el reino de Italia. A los Hérulos suceden los Ostrogodos, cuyo rey Totila jura reducir a escombros la Ciudad Eterna; pero nuevamente se salva Roma, gracias al arcediano Plélagio, que en aquella sazón gobernaba la Iglesia. Viene la dominación bizantina, pero los emperadores de Oriente no fueron más cuidadosos de Roma y en general de Italia, de lo que lo habían sido los de occidente. Narsés invita a los lombardos a pasar a Italia. Acaudillados por Alboin no se hacen aguardar y en su invasión lo atropellan todo. No he de describiros la situación de Italia durante los cuarenta lustros de la dominación lombarda. Creo lo sabéis perfectamente. Baste consignar que la historia dice que las vejaciones fueron continuas y que sólo los romanos encontraron algún amparo en sus desdichas y algún consuelo en sus tribulaciones, gracias a la paternal protección de los pontífices »

\* \* \*

(20) «Por estos tiempos empieza el poder temporal de los Papas. Los emperadores de oriente, ya fuese por impotencia, ya fuese por otras causas, el hecho es que dejan a los pueblos de Italia en el mayor abandono. Algunos, como Amalfi, Nápoles y Venecia, se declaran independientes. En Roma los pontífices solicitan de continuo el auxilio de los emperadores; mas son inútiles sus clamores. Los emperadores dejan a Roma en completa orfandad. Cierto

---

(20) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, páginas 15 a 16.



es que había los exarcas, pero éstos, en su mayor parte, bien sabeis, no eran más que verdugos y dilapidadores. Nó los emperadores, sino Gregorio el Grande, es quien socorre a Roma, cuando en ella se declaró la peste; nó los emperadores, sino Gregorio II es quien la defiende contra la ambición de Luitprando. Ni un sólo ejército imperial puede citarse que ayude a Roma contra la dominación lombarda. Siempre en los aciagos días tuvieron que ser los pontífices los salvadores de Roma. ¿No era esto, sacrosanta razón, para que el pueblo romano se apartase del príncipe que lo abandona, entregándose por completo al que lo protege y defiende?»

«A pesar de que los Papas, por el abandono de los emperadores y por las súplicas del pueblo, se ven obligados a desempeñar el cargo de reyes de Roma; no obstante, sin duda por moderación, no se declararon desde el primer momento independientes. Mas, tornan los ruegos del pueblo hacia el Pontífice para que se encargue de la soberanía; las súplicas se repiten incesantemente; los pontífices Pelagio, Gregorio el Grande, Gregorio II, Estéban y casi todos los que en aquella sazón ocuparon el solio pontificio, acuden a los emperadores para que dispensen la protección debida a aquellos pueblos de los que se *titulan* soberanos; mas son inútiles las quejas del Pontífice; el Oriente se hace sordo a sus clamores. Entonces fué cuando los papas, para que no muriera de abandono aquella Roma, a la que ellos tanto amaban, por la que tantos desvelos habían tenido, a la que tantas veces habían salvado, acceden a las peticiones del pueblo encargándose de la soberanía».

«Desde entonces, señores, la tiara del Pontífice es al propio tiempo corona de soberano. He aquí como se formó, siquiera sea suscitadamente reseñado, el poder temporal de los Papas. Aquí tenéis de que manera se cumplió la Voluntad de Dios formándose los Estados Pontificios »

\* \* \*

(21) «Decidme, ¿sabeis un estado mejor formado? ¿Conocéis algún soberano con mayor derecho a ejercer la soberanía? Antes he dicho ya, que bien sabeis, que ni en la antigüedad, ni en los modernos tiempos, existe un sólo estado, cuya formación en sus orígenes no sea debida a la guerra o a la conquista, esto es, a las armas, siempre a un acto de fuerza, o como dice Lacordaire, «a la violencia sancionada por el tiempo» Pues bien, los Estados Pontificios son la única excepción. El Pontífice no puede apelar a la

---

(21) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, páginas 16 a 18.

conquista, por que él no tiene ejércitos, ni bandas guerreras, ni armas de ninguna clase. Ni las tiene, ni las quiere. El no puede apelar a intrigas ni engaños, porque es todo caridad y dulzura. Mas, la Voluntad de Dios le depara un reino. El por obediencia ha de aceptarlo. Dios ha querido que de Roma fuese rey el Pontífice, pero como Dios interviene de una manera directa, este reino no podía formarse de la manera que se han formado los demás reinos, que han sido obra de los hombres. El Pontífice se hace Rey de Roma, no trastornando el mapa de las naciones, nó en lucha fratricida, como acostumbran hacer los hombres; el Pontífice se hace Rey de Roma, por todos los medios contrarios, después de haberla salvado varias veces de la ruina y de la muerte contra Alarico, Atila, Genserico, Astolfo, etc..., sin más fuerza que la dulzura de su palabra, sin más arma que el arma de la verdad, después de haber convertido varias veces, en épocas calamitosas, las iglesias en hospitales, socorriendo a los enfermos, amparando a los huérfanos, consolando a los desgraciados, protegiendo a los desvalidos, sirviendo siempre a los romanos de tierno y solícito padre. ¡Ah, señores! ¿Ha existido jamás un sólo estado tan santamente formado? ¿un reino tan legítimamente constituido? ¿No se vé aquí, una vez más, la mano de Dios destinando a Roma para su Vicario? ¡Con cuanta razón exclama Juan de Muller: «si debemos atender a los fallos de la justicia, el Papa es de derecho Señor de Roma, porque sin él, Roma ya no existiría!»

«Los Estados Pontificios se forman, pues, durante la dominación lombarda. Mientras se formaban y ya constituidos, los imperiales se enemistan varias veces con el Pontífice; más tanto cuando Zacarías, mandado por Justiniano II, se dirige contra el Papa, como cuando Teofilato, mandado por Tiberio Absimaro, trata de arrancarlo, y como cuando León el Isaurico se declara en rebelión, siempre el pueblo romano aparece al lado del Pontífice y jura varias veces morir en defensa de la cara vida de su Pastor.»

«Termina por último la dominación lombarda, merced a Pipino y Carlomagno; estos cristianos emperadores reconocen al Papa como Rey de Roma y de otros territorios; le devuelven algunos y le hacen, finalmente, donación de otros. La Voluntad de Dios se había ya cumplido, Roma de hecho y de derecho, era ya pontificia.»

«Más de once siglos han transcurrido desde que tuvieron lugar tales acontecimientos. De entonces acá, los Pontífices habían poseído casi tranquila y pacíficamente el pequeño patrimonio que Dios les había destinado. La Europa había visto hundirse tronos, cambiar dinastías, sufrir mil alteraciones las fronteras de los pueblos, mas los Estados Pontificios habían sido casi siempre respetados.»

\* \* \*

(22) «Pero, señores, llega este siglo (23), que algunos han dado en llamar el siglo del progreso; quizás las generaciones venideras, más adelantadas que nosotros, burlándose de nuestra petulancia, lo llamen el siglo de las perturbaciones; yó, señores, me contentaré con llamarlo el siglo décimonono.»

•A principios de él, un hombre de superior talento, valeroso en los peligros, constante en las empresas, conocedor de los hombres, hábil en ganarlos, ambicioso como el que más y deseo de ofuscar en gloria a Carlomagno, recorría cual meteoro tan brillante como desastroso, toda la Europa. Bien comprenderéis que me refiero a Napoleón I. Deseoso de gloria y conocedor de la influencia del Pontífice, trata de ponerlo a su servicio. No puede acceder el Pontífice, y entonces Napoleón, a quien las continuas victorias hacían cada día más orgulloso, no puede resistir ya más la justa oposición de Pío VII. Siente ganas de apoderarse de Roma; las tropas francesas invaden en 1808 la Ciudad Eterna, y Napoleón decreta desde Viena la incorporación de los Estados Pontificios al imperio francés. Al cabo de pocos días se izaba en el castillo de San Angelo la bandera francesa, que acababa de derrocar la pontificia. «Et consumatum est», exclama el Pontífice y en Roma, la virtud queda atropellada por la audacia y el derecho vencido por la fuerza.»

«Napoleón (24), sin embargo, con un singular talento, comprende que Roma pertenece al mundo católico, que Roma es del Pontífice y que a él ha de serle imposible conservarla. Ofrece entonces al Papa, que era a la razón Pío VII, restituírle Roma con tal que pase a establecerse en Francia; mas Pío VII contestó: «entonces sería yo el Pontífice del Emperador, pero no sería el Pontífice de la Cristiandad, y esto es imposible» (25). Aquel estado de cosas no podía durar y no duró. Por fin, en 1814, en medio del universal regocijo de toda la Cristiandad, entra el Pontífice en Roma y recobra la Ciudad Eterna.»

\* \* \*

---

(22) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel, página 18.

(23) Hay que tener en cuenta que este discurso fué pronunciado en el año 1.890.

(24) Tuvo un hijo de su segunda esposa, llamada María Luisa, al cual proclamó Rey de Roma al nacer.

(25) Véase «Compendio de Historia Eclesiástica» por Aguilar, páginas 1.563 a 1.567.

(26) «La revolución iba miando la Europa, y en Italia principalmente, las sectas destrozaban millares de conciencias. Carlos Alberto, rey del Piamonte, aspiraba ya al trono de Italia. Mazzini y Gioberti eran los jefes de la revolución europea. Gobernaba a la sazón los destinos de la Iglesia el inmortal Pío nono. El cual, además de ser un gran Pontífice, fué también, señores, un modelo de reyes. Vedlo como lo describe uno de nuestros más insignes oradores parlamentarios: «magnífico y dadivoso, halló proscritos en su país y les tendió su mano y los devolvió a su patria; había reformistas, señores, y les dió reformas; había liberales, señores, y los hizo libres; cada palabra suya fué un beneficio; ahora, señores, decidme: ¿a sus beneficios no igualan si no exceden sus ignominias? (27.)

«En Pío nono se hallaban personificados el saber, la virtud y la gloria. El saber, ese honor de los hombres; la virtud, esa hija del cielo; la gloria, esa honra de las naciones. Mas, señores, la demagogia se había apoderado de Roma, y la demagogía, señores, jamás ha respetado ni respetará ni el saber, ni la virtud, ni la gloria. En 1.848 bajo el pretexto de que Pío nono no quería declarar la guerra a Austria, estalló la revolución en Roma, el demagógico puñal se hunde en el pecho de Rossi, ministro del Pontífice, y aquella turba desatentada y loca, canta ¡bendito sea el puñal que le metió! (28), recorre en tropel las calles de Roma y se dirige, señores, ¿dónde? Donoso Cortés nos lo dice también: «al Quirinal a robar a un rey una corona, y sin saberlo, ponen en su sagrada frente una corona más; la corona del martirio» (29) »

«Pío nono tiene que huir de la Ciudad Eterna y se establece la república en Roma. Mas duró poco. Los católicos de todo el orbe, transidos sus pechos por el dolor, protestan con grito unánime, las potencias intervienen y al cabo de poco tiempo recobraba el Pontífice su soberanía. Nuestra católica nación no fué, señores, la que tomó menor parte en tan noble tarea. El gobierno español manda hacer públicas rogativas, invita a las demás potencias a restablecer la justicia conculcada y a remediar los males de la Iglesia, y en documento oficial y público dice al mundo entero: que España está dispuesta a realizar todo cuanto sea necesario para resta-

(26) Véase «Roma Pontificia» discurso de D. Narciso Plá y Deniel; páginas 19 a 20.

(27) Véase el discurso pronunciado por Donoso Cortés en el Congreso, el día 4 de enero de 1.849.

(28) Véase «Compendio de Historia Eclesiástica» por Aguilar, página 1.673.

(29) Artículo publicado en el «Heraldo» del 30 de noviembre de 1.848 por Donoso Cortés.

blecer al Pontífice en su autoridad de un modo estable y firme, y asegurarle contra toda violencia.»

«Después de setenta días de asedio los católicos se apoderan de Roma y antes de ocho meses de haber sido arrancada, la bandera pontificia se izaba nuevamente en el castillo de San Angelo. ¡Gloria eterna a nuestra católica España! ¡Loor y gloria para el gobierno que en aquella sazón le regía! (30).»

\* \* \*

En el año 1.856 comenzó la revolución italiana, con la guerra del Piamonte, ayudada por Francia contra Austria. Para que se calmase la ansiedad de los católicos, que con justa causa estaban alarmados, Napoleón III prometió respetar las fronteras de los Estados Pontificios. La fortuna no quiso proteger a Austria que fué vencida por los aliados, y cuando aún no se había firmado la paz estalló una revolución en los ducados de Toscana, Módena y Parma, siendo expulsados los príncipes que los gobernaban y constituyéndose gobiernos provisionales. Casi al mismo tiempo las provincias de Ferrara, Bolonia y Rávena, pertenecientes a los Estados Pontificios, se insurreccionaron sacudiendo la tutela del Papa y colocándose bajo el protectorado del gobierno de Turín. Al enterarse Pío nono reprobó y condenó públicamente la rebelión y excomulgó a sus promotores.

(31) «Mientras tanto acudían a Roma voluntarios de diferentes países para alistarse en las filas del ejército pontificio, que organizó y dirigió el general francés Lamoricière, valiente y entendido militar que, aceptando la invitación de Pío nono, ofreció su espada al servicio y defensa de la Santa Sede. Este ejército pontificio, que no pasaba de veinte mil hombres, era suficiente para impedir y ahogar cualquier insurrección en las restantes provincias de los Estados Pontificios y rechazar toda invasión de bandas de aventureros que viniesen de fuera. Así, pues, para arrancar más provincias al dominio del Papa, fué menester que descaradamente las invadiese numeroso ejército piamontés. Y este sacrilego atentado tuvo lugar en el mes de septiembre del año 1860. Lamoricière, que creía, según se había asegurado, que Napoleón III impediría a los piamonteses invadir el territorio pontificio, pero que no lo hizo, resistió cuanto pudo con su ejército la invasión; y

---

(30) El gobierno español estaba presidido por el general Narvaez y las tropas españolas que marcharon a Italia, en número de 8.000 hombres, fueron capitaneadas por el general Córdoba.

(31) Véase «Historia de la Iglesia» por D. José Viñas y Camplá, página 387.

mientras se retiraba a Ancona encontróse en Castelfidardo, el 16 de septiembre, con el ejército regular piamontés: después de heroica lucha, en la que murió el valeroso y cristiano general Pimodan, tuvo que sucumbir ante el mayor número de enemigos. Encerrado Lamoricière con los restos del ejército en Ancona, atacada por mar y tierra, vióse obligado a rendirse, quedando prisionero».

Como consecuencia de esta victoria le fueron arrebatados al Papa, para entregárselos a la dinastía de Saboya, varios pedazos de los Estados Pontificios. En el mes de marzo del año 1.861 el Parlamento italiano proclamó a Victor Manuel II (hijo de Carlos Alberto, rey del Piamonte) rey de Italia, quedando los autores de tal reino con la aspiración de que fuera Roma la capital.

En tales circunstancias, en que todo parecía dar la voz de alerta, el pueblo católico se preparaba a defender a su soberano, con todo el entusiasmo que engendra la fidelidad, de sus adversarios, cuyas temibles armas se divisaban ya muy cerca de la frontera,

(32) «Un puñado de intrépidos, procedentes de casi todas las naciones y países, acudieron a la Metrópoli del Catolicismo, a fin de aumentar el ejército del Santo Padre. Tomaron el fusil o ciñeron la espada, no solamente hijos de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Holanda, de Rusia, de Polonia y de otras regiones europeas, sino también de diversos estados de América, de Persia, de las Indias orientales y hasta de la Laponia.»

«Nótese que aún de naciones infieles socorrieron al Papa difunto » (33).

«La pequeña Holanda dió más de tres mil cruzados. A pesar de ser protestante, su soberano no se opuso a la ida de jóvenes animosos, convencido, como el P. Juan José Franco dice, de que las espadas esgrimidas en favor del más sacrosanto de los derechos no serían por esto inútiles el día en que la patria las necesitase para defender las reales prerrogativas (34) »

---

(32) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice» por D. José María Carulla, páginas 164 y 165, nota 12.

(33) Se refiere a Pío nono.

(34) Uno le pidió socorro para ir a Roma y obtúvolo, en efecto. Otros fueron a despedirse del Monarca y le pidieron la venia. No les detuvo; pero les preguntó como se las arreglaría si los necesitaba: «Señor, contestaron, está el telégrafo; volaremos a vuestra bandera». Acabó por regalar a uno su reloj, y por decirles: «No os olvideis de vuestro rey». No se olvidaron realmente, añade dicho autor ilustre, estos ni los otros hijos de Holanda. En el día 19 de febrero de 1.868, cumpleaños de Guillermo III, se reunieron y enviaron a su rey el parte telegráfico siguiente: «La juventud neerlandesa al servicio del Papa, en este día venturoso, augura a V. M., a quien ama y respeta

«Nimega dió doscientos cruzados al Papa y no tiene más de 25.000 habitantes. Amsterdam envió cuatrocientos».

«Fueron a la Cruzada jóvenes y veteranos; solteros y casados; hombres sin posición social y hombres de fama en el comercio o en los tribunales; personas, en fin, de humilde cuna y personas ilustres por sus títulos de nobleza. Estas en tanto número que, no bien un general enemigo de la Iglesia leyó los apellidos de las víctimas heroicas de Castelfidardo, exclamó: ¡«Que nombres! ¡Parece la lista de invitación a un festín de Luis XIV)!»

\* \* \*

Continuando la historia de los Estados Pontificios, veámos lo que nos dice D. José Viñas y Camplá (35): «El temor de una invasión en los Estados Pontificios no tardó en realizarse. El general aventurero Garibaldi, en cuya alma anidaba odio profundo al papado y al sacerdocio católico, recorría, sin oposición del gobierno, las ciudades y poblaciones de Italia, y con discursos groseramente impíos, excitaba las pasiones populares contra el clero y a moverse para arrancar Roma al Papa, al que llamaba cancer de Italia y vampiro, al mismo tiempo que reclutaba gente perdida con el objeto de organizar una expedición contra los Estado Pontificios, haciendo el gobierno de Florencia la vista gorda, y hasta suministrando secretamente dinero, mientras que públicamente parecía tomar medidas para impedir la violación de la frontera pontificia, en la cual reunió tropas, aparentemente para vigilarlas y realmente para aprovecharse de las circunstancias, esperando se promoviese una insurrección en Roma, para qué, con el pretexto de reprimirla, dirigir el ejército regular allá y ocupar la ciudad.»

«A últimos de septiembre y primeros de octubre de 1.867 pasaron bandas de voluntarios garibaldinos la frontera de los Estados Pontificios y se internaron en él, teniendo choques con las tropas pontificias, que les hicieron sufrir algunas derrotas. Los invasores dejaron huellas de su impiedad y salvajismo en las iglesias profanadas, reliquias de santos dispersas, crucifijos mutilados, imágenes sagradas maltratadas, cálices desaparecidos y Hostias consagradas esparcidas por el suelo.»

---

las más dichosas bendiciones del cielo. *C. de Kruif*, en nombre de todos los zuavos neerlandeses victoriosos en Mentana». Cuatro horas después recibían la siguiente respuesta: «A *C. de Kruif*, para los zuavos neerlandeses al servicio del Papa. Recibid las gracias afectuosas del rey por vuestros felices augurios.»—*Capellán*, ayudante de campo de S. M.

(35) Véase «Historia de la Iglesia» por D. José Viñas y Camplá, páginas 392 a 394, lección 59.

«El 22 de octubre estalló una insurrección en Roma, preparada por una porción de revolucionarios, sin que la población, que era muy adicta al Papa, la secundase: fué iniciada por la voladura de un cuartel de zuavos, en el que perecieron veintidós: empero, la insurrección fué enseguida ahogada.»

«La audaz invasión garibaldina y el movimiento de tropas italiana en la frontera pontificia conmovieron el mundo católico, en particular a Francia, haciendo temer las infamias de 1.860: y esto obligó a Napoleón III a mandar tropas francesas a los Estados Pontificios, principalmente porque habiendo fracasado la sublevación en Roma, faltaba el pretexto de la marcha del ejército italiano a la Ciudad Eterna, a lo que quizás se hubiera acomodado el emperador.»

«En la madrugada del 3 de noviembre salieron de Roma 3.000 pontificios al mando del general Kanzler y una reserva de 2.000 franceses: al mediodía estas fuerzas llegaron a Mentana, en donde esperaba Garibaldi con unos 12.000 hombres: el combate fué rudo: pero la derrota de los garibaldinos, a pesar de su superioridad numérica, espantosa: más de 1.000 los muertos, 2.000 los heridos y 1.400 los prisioneros: los pontificios perdieron 200 hombres: Garibaldi con los miserables restos de los suyos huyó hacia la frontera, refugiándose detrás de ella. Pío nono en un Breve recordó las glorias de los cruzados católicos e instituyó una medalla conmemorativa de sus gloriosos hechos. Los garibaldinos fueron alojados en el castillo de San Angelo, y poco a poco fueron enviados a sus casas. El 27 de noviembre, cuando quedaban todavía 200, el Papa fué a visitarles; Pío nono sonriendo se puso en medio de ellos, y les dijo: «Veis delante de vosotros al hombre, que vuestro general llama el vampiro de Italia; habéis tomado las armas contra mí, y ¿quién soy yo? un pobre viejo;» y con gran ternura y caridad fué el bondadoso Pontifice preguntando a cada uno sus necesidades y prometiéndoles que les daría vestido, calzado, dinero y el viaje gratuito para el regreso a sus casas. Los garibaldinos conmovidos por tanta bondad, le rodearon besándole las manos y aclamándole. (Balan, Storia d'Italia, Ibr. LXIII).»

\* \* \*

Tras de la tempestad vino una pequeña calma y tras de esta pequeña calma se desencadenó una horrorosa tormenta, mucho mayor que las anteriores, sobre los Estados Pontificios. El espíritu revolucionario que, aunque se había sosegado algún tanto, no por eso había muerto, volvió nuevamente y con más furia a invadirlo todo y se repitieron bien pronto villanías, aún mucho más recriminables que las que hasta entonces se habían cometido.



Todos sabemos que el gobierno de la segunda república francesa presidido por el príncipe Luis Napoleón III, sobrino de Napoleón I, de común acuerdo con los gobiernos de España y Austria, envió, en el año 1.850, un cuerpo de su ejército para defender a los Estados Pontificios. Durante veinte años las tropas francesas permanecen en Roma, siendo la salvaguardia del poder temporal del Papa.

Mas, llega el mes de agosto del año 1.870, y Napoleón III para congraciarse con los revolucionarios de Italia, mandó retirar el ejército francés que protegía a los Estados Pontificios, que ascendía a 5.000 hombres, quedando la Ciudad Eterna completamente desamparada, sin la protección del César francés, con una reducida guarnición pontificia y sin el apoyo de otras naciones católicas, porque se encontraban en plena revolución (nuestra España, por ejemplo, estaba completamente a merced de un gobierno revolucionario). En una palabra, los Estados Pontificios, casi sin defensa alguna, estaban al alcance de la mano de sus enemigos.

(36) Aprovechándose de todo este cúmulo de circunstancias, Victor Manuel II, nombrado en marzo del año 1.867, Rey de Italia por los revolucionarios, para satisfacer los deseos de éstos, en un momento de lamentable ceguera, permitió que las tropas italianas, que hacían algún tiempo que habían invadido los Estados Pontificios, se apoderasen de Roma para despojar al Papa del poder temporal y proclamar capital de Italia a la Ciudad Eterna.

Los italianos sabían positivamente que, no contando los Estados Pontificios con la protección de España, Francia o Austria, cuyas naciones, por causas diferentes, nada hicieron en favor del Papa, la reducida guarnición de los zuavos pontificios, encerrada en el castillo de San Angelo, poca resistencia podría hacer.

El Papa, Pío nono, contaba para defenderse con solo un puñado de soldados, pero todos valientes, fieles y decididos a derramar hasta la última gota de su sangre, en defensa de la más noble y justa de las causas.

El 19 de septiembre, los invasores, en número de sesenta a setenta mil hombres, al mando del general Cardona, se hallaban delante de los muros de Roma. Las tropas pontificias, en número de diez mil combatientes, se habían replegado hacia la Ciudad Eterna al avance de los invasores y concentradas en la capital del orbe católico se preparaban a la defensa.

Las personas devotas y fieles al Pontífice se encerraron en

---

(36) Véase lo que sobre esto dice «La Familia» del año 1.913, páginas 265 y 266, de cuyas páginas copio algunos párrafos, que a continuación inserto, aunque no literalmentc.

sus casas, mientras que por las calles se oía el himno de Garibaldi y la chusma daba desaforados gritos de «¡Muera Pío nono...!»

Los soldados pontificios querían combatir a todo trance; estaban excitadísimos ante aquel inaudito atropello y su resistencia hubiera sido sublime, grandiosa inenarrable.

Mas, Pío nono, tan enérgico y constante en la defensa de su derecho, tenía un corazón de ángel y sentía verdadero horror por la efusión de sangre. Comprendía el Pontífice que Roma estaba casi indefensa y que, si Dios no hacía un milagro, tarde o temprano caería en manos de sus enemigos. Por lo tanto, no quiso sentenciar a muerte a sus fieles servidores, con una guerra tan desproporcionada (solo un puñado de romanos contra Italia entera).

Pero, ¿cómo contener a aquellos fidelísimos zuavos, contentos y satisfechos a la sola idea de que iban a morir defendiendo al Representante de Jesucristo en este mundo? ¿cómo apagar aquel ardor guerrero de que estaban encendidos? ¿cómo quitarles la esperanza e ilusión de ir en aquel mismo, día a recibir su premio en los cielos de manos de Aquel, cuya causa defendían y por el cuál, valientemente y con asombroso entusiasmo pensaban morir? ¿Cómo puede el buen hijo contenerse a la vista de quien maltrata a su padre, de palabra o de obra? ¿cómo puede contenerse un verdadero soldado a la vista de quién apresa a su soberano? ¿cómo podrían, pues, contenerse aquellos hijos al ver que su Santo Padre iba a caer en manos de sus enemigos y que su Rey iba tal vez a perecer bajo la cuchilla de sus verdugos?

Pío nono dijo: «Que no se resistan más que un momento, para qué, ya que entra el invasor, que no entre sin fractura». Quería el Pontífice hacer constar de esta forma que no se avenía a aquella profanación, que recriminaba aquella manera de proceder y que capitulaba por la superioridad de la fuerza.

Así como cuando una persona tiene un gran pesar o le ha ocurrido alguna desgracia desahoga y se alivia con el llanto, así como cuando se comete alguna injusticia se desahoga también vituperando el hecho y recriminando a sus autores, así como cuando ultrajan descaradamente el honor de nuestras familias desahogamos nuestra justa indignación por medio de golpes, dirigidos sobre los que nos ofenden; de la misma manera, una vez dado el grito de guerra, los soldados pontificios desahogaron, en aquellos breves instantes de pelea, toda la cólera que tenían reconcentrada dentro de sí a la vista de tanta infamia, causando al enemigo importantes bajas y desperfectos,

Mas, Pío nono, en cuanto se abrió el primer boquete junto a la Puerta Pía, ordenó suspender el fuego y mandó enarbolar la bandera blanca, en señal de que capitulaban. Los soldados pontificios se vieron obligados a *obedecer* y aquí se nos presenta uno

de los actos de heroísmo mayores que se han escrito en las páginas de la historia mundial, pues dichos soldados dieron muestras de una fidelidad a toda prueba, resignándose a entregar las armas, porqué así lo quería su Santo Padre y su legítimo Soberano; la fuerza de voluntad y el dominio sobre sí mismo que tuvieron en este hecho fué sumamente grandioso y sinó, decidme ¿no consideráis, no digo heroico, sino sublime, el siguiente acto: «si una cuadrilla de bandidos apresasen a vuestro Padre o a vuestro Rey y vosotros por mandato *voluntario* y órden terminante de dicho Padre o Rey y para cumplir el juramento de *obediencia* que un día le hicisteis, os vieseis obligados a ejecutar al pie de la letra sus órdenes, en las cuales se os manda de un modo terminante y enérgico que os cruzéis de brazos, que dejéis quieta el arma que cuelga de vuestro cinto y que nada hagáis, mientras ellos son apresados, insultados, ultrajados, abofeteados, martirizados, apisionados, maltratados, escupidos, etc..., en vuestra misma presencia; decidme, repito, la fuerza de voluntad y el dominio sobre sí mismo que tendríais que tener para consentir semejante atropello y no arrojaros sobre ellos, sin reparar en el número y dispuestos a morir cien veces, si cien vidas tuviéreis ¿no sería esta *obediencia* nó heróica sino sublime y aún me quedo corto, porque no encuentro ní creo que exista en ningún diccionario palabras exactas para expresar lo grandioso de este acto?» Acto no humano, sino divino, más propio de Dios que de los hombres. ¿Cuán sublimísima no fué la acción de Jesucrísto que, por *obedecer* a su Eterno Padre que le entregó en Getsemarú el cáliz de la pasión, muere en una degradante cruz en medio de sufrimientos horribles, teniendo en sus manos los medios para aniquilar a sus verdugos en un solo instante y con una sola palabra? La *obediencia* del santo patriarca Abrahan, matando sus sentimientos de padre y disponiéndose a sacrificar a su único hijo Isaac para cumplir la voluntad de Dios, que así se lo ordenaba ¿no es otro acto sublime? Guzmán el Bueno, para *obedecer* a su rey, que le ordenaba defender la plaza de Tarifa, ¿no arrojó su propio cuchillo, desde los muros de la fortaleza, para que asesinaran a su tan idolatrado hijo? La madre de los siete hermanos Macabeos, por *obedecer* los mandatos de la Ley de Dios ¿no se dejó martirizar horrorosamente con su siete hijos, pudiendo tan sólo con una palabra evitar todos aquellos sufrimientos y disfrutar de todos los obsequios y regalos que le ofreció el impío rey Antioco, si renegaba de sus creencias? Los innumerables mártires que han existido ¿qué otra cosa han hecho, sino *obedecer* en todo los preceptos divinos, dejándose martirizar y diciendo algunos de ellos a sus verdugos: «antes te cansarás tu de atormentarme que yo de sufrir tormentos y de *obedecer* a mi Señor, que me manda no renegar de mi fé». ¿Qué ve-

mos en la antigua y valerosa Esparta cuya historia es tan gloriosa y cuyos hijos son muy dignos de alto renombre militar, como lo prueba la siguiente inscripción que se colocó en uno de sus monumentos, levantado para conmemorar el paso de las Termópilas y que decía así? «¡Caminante! dí a Esparta que aquí sus hijos han muerto por *obedecer* sus leyes» a lo que la severa Esparta contestó: «no han hecho nada más que cumplir con su deber». ¿No prueba esto el alto concepto que los espartanos tenían formado de la virtud de la *obediencia*?

Pues bien, la mayor puñalada, la herida más dolorosa, la pena más amarga que experimentaron los soldados pontificios, no fué ciertamente, ni la destrucción de la moral en Roma, ni los insultos de sus enemigos, ni los destrozos de su fortaleza, ni el temor a la muerte, ni la desconfianza de los católicos en Dios, ni el pesar de que el acero y las balas enemigas no se alojasen en sus cuerpos que servían de escudo al Romano Pontífice; nó, nada de eso, su mayor sentimiento, su dolor más profundo, el bistori que rasgó con más encarnizamiento sus carnes y atravesó sin piedad sus corazones, partiéndolos en varios pedazos, fué la prohibición de continuar la lucha. Ellos que iban a la muerte tan satisfechos como el que va a un suculento festín, ellos que se regocijaban al sentir que las balas garibaldinas se incrustaban en sus carnes, ellos que, lo mismo que los mártires cuando los llevaban al anfiteatro a morir bajo las garras de las fieras, cantaban himnos de victoria mientras caían moribundos bajo las garras de las fieras garibaldinas, que se ensañaban en ellos, maltratándolos y dando a conocer sus feroces y sanguinarios instintos ¡tener que suspender la lucha; era mucho sacrificio!

A pesar de todo, dominándose a sí misma, con una fuerza de voluntad indomable y haciendo esfuerzos sobrehumanos para contenerse y poder *obedecer* las órdenes de Pío nono, la pequeña guarnición pontificia adopta la aptitud del Cordero Divino, abandona las armas y se pone en manos de sus enemigos, porque así la quería el Representante de Dios en este mundo.

(37) «Sólo Dios sabe lo que hubiera ocurrido a no mediar la prohibición pontificia. Los soldados del Papa eran pocos y los enemigos muchos; pero habían puesto en evidencia cien veces que cada uno valía por diez. Eran pocos y los enemigos muchos; pero hallábanse, por decirlo así, fortificados en su propia casa. Eran pocos y los enemigos muchos; pero hubieran podido hacer un llamamiento a los romanos y a los fieles del mundo, que hubiesen

---

(37) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice», página 172, por D. José Carulla.

acudido a tiempo según todas las probabilidades. Eran pocos y los enemigos muchos; pero podían esperar la protección del Omnipotente y hacer de su derecho indiscutible una fuerza incontrastable. Eran pocos y los enemigos muchos; pero la historia registra gloriosas hazañas conducidas a término feliz por un puñado de hombres contra multitud de combatientes » Y efectivamente, si abrimos la historia vemos: a Leónidas, que, en el paso de las Termópilas, mantuvo a raya por espacio de tres días y con sólo 300 (trescientos) espartanos al ejército de Jerjes, compuesto de más de 2.000.000 (dos millones) de combatientes (38), a Hernán Cortés que, con unos centenares de hombres, derrotó a un ejército de 40.000 (cuarenta mil) indios en la batalla de Otumba, a la formidable tropa de los medianitas derrotada por el astuto Gedeón con 300 (trescientos) israelitas, a Pelayo que con un puñado de españoles derrotó a la morisma en Covadonga, arrancándole, con su proeza, al duque de Rivas, en su «Moro Expósito», este romance

*El valeroso Pelayo,  
cercado está en Covadonga,  
por cuatrocientos mil moros,  
que en el zancarrón adoran:  
sólo cuarenta cristianos  
tiene, y aún veinte le sobran;  
pues la Virgen le ha ofrecido  
darle completa victoria,*

El pastorcillo David ¿no mató con una piedra al gigante Goliat y sembró el pánico en el campamento filisteo con su hazaña, ocasionándoles a estos una inesperada derrota? Francisco Pizarro ¿no conquistó el Perú con un número muy reducido de soldados? Y un solo hombre, el forzado Sansón. ¿no mató con la quijada de un asno a más de mil filisteos e hizo huir a los demás? ¿Y a qué seguir? ¿Acaso no basta y sobra con lo dicho?

\* \* \*

Cuando se capituló, los sacrílegos invasores entraron en la ciudad llevando a la retaguardia una caterva de gente perdida, que llenó de desórdenes la pacífica ciudad de los papas.

---

(38) Véase «La Familia» del año 1.913, página 30.

El rey de Dinamarca escribió al Pontífice, manifestándole su dolor por el inicu despojo de que había sido víctima y el muy católico presidente de la república del Ecuador, García Moreno, envió una valiente protesta al gobierno italiano contra la usurpación de los Estados Pontificios; éstos dos jefes de nación fueron los únicos que en tales circunstancias se portaron caballerosamente con la Santa Sede.

Napoleón III (que no había escarmentado con lo sucedido a su tío Napoleón I por su mala conducta contra el Romano Pontífice, Pío VII) abandonó al Sucesor de San Pedro en momentos muy difíciles y lo dejó a merced de sus enemigos, obteniendo con tan mal proceder la ruina de su nación, que fué batida por Prusia en la batalla de Sedán y la suya propia, pues cayó prisionero, perdió su trono y murió miserablemente lejos de Francia, lamentándose de su torpeza.

\* \* \*

El fatídico día 20 de septiembre del año 1870, fué cuando concluyó el poder temporal de los papas y desaparecieron los Estados Pontificios, que durante once siglos habían vivido, sin cometer otro delito que hacer bien al mundo entero, y el mundo le paga con la moneda con que, por regla general, acostumbra pagar los favores que le hacen: con la ingratitud.

Desde entonces Pío nono, primero, y después León XIII, Pío X, Benedicto XV y el actual Pío XI, han permanecido prisioneros en el Vaticano. Esperémos, empero, que algún día, quizás no muy lejano, se consiga por lo menos aliviar, en lo posible, tan penosa como dura cautividad, contraria a la buena marcha de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. (39).

---

(39) Creo conveniente insertar a continuación una nota de D. Narciso Plá y Deniel, contestando a la siguiente pregunta, muy en boga en la boca de los impíos: «Los Estados Pontificios no son necesarios», y añaden «¿los tuvieron acaso los pontífices de los primeros siglos?» El citado escritor contesta así a la anterior objeción: «¿Cuándo empieza el poder temporal de los Papas? Cuando la invasión de los bárbaros. ¿A qué dió lugar la venida de los bárbaros? A la formación de las nacionalidades. Ahora bien; antes de la invasión bien puede decirse que el mundo católico estaba gobernado por dos solas autoridades, el Emperador de Roma y el Pontífice. El primero en lo político y el segundo en lo espiritual. En esta situación bien podía prescindir el Pontífice de la soberanía, porque o el Emperador era de la raza de los Nerones, Decios, etc..., perseguidores de la Iglesia, o bien eran emperadores como Constantino, Valentiniano, etc..., decididos protectores de ella. En el primer caso, para bien poco les hubiera servido su soberanía; en el segundo tampoco la necesitaban; pues su independencia no tan sólo era respetada sino también amparada y protegida. Mas, desde el momento en que se formaron las nacionalidades,

la situación del Pontífice es completamente distinta. Fraccionada la autoridad soberana, dividido el imperio romano en diversos estados o naciones, el Papa para ser independiente no puede pertenecer a ninguno, pues si pertenece a alguno, una de dos; el poder político que rija la nación o estado, o es amigo o es enemigo de la Iglesia. Si acontece lo último (cómo por desgracia sucede en este año de 1.890) la Iglesia sufre de continuo ataques y violencias, y la libertad e independencia del Pontífice desaparece. Si lo primero, inspirará recelos a las demás potencias, que estarán siempre temerosas de que la influencia que el Pontífice tiene en el orden espiritual, trascienda al orden político. Por esto ha dicho un pensador profundo «para que en el gobierno de los pueblos haya la debida armonía e independencia entre las dos autoridades, política y religiosa, es preciso que el Pontífice se encuentre completamente independiente de toda autoridad política.» Por esto también Napoleón decía: «el Pontificado es una institución admirable. Amalgamado con el gobierno podría ser un despotismo sultánico. Separado y hostil se nos ofrecería en una rivalidad intolerable».

«De manera, pues, que los Pontífices no tuvieron durante los primeros siglos soberanía temporal, pero tampoco les era necesario. Fórmanse las nacionalidades, y el poder temporal es una necesidad para la Iglesia; mas inmediatamente, mientras las nacionalidades se constituían, por la misma fuerza de los acontecimientos, se constituía el poder temporal, conforme ya hemos explicado.» Véase «Roma Pontificia», página 24 y nota 1, discurso pronunciado en el año 1.890.)

Al que no se conforme con esta nota y quiera más explicaciones referentes a los Estados Pontificios, con relación a la anterior objeción o a otras semejantes, le recomiendo que lea «La verdad sobre la Cuestión Romana». En este folleto todas las preguntas quedan contestadas.



# Urgente necesidad de organizar una nueva y verdadera cruzada con objeto de convertir a Tierra Santa en Estados Pontificios.

---

**H**EMOS examinado, aunque muy a la ligera y tocando únicamente los principales hechos, el pasado de Tierra Santa y hemos visto cuán sublime y digna de todo elogio es su historia, contemplamos su presente y no nos deja satisfecho su estado actual, miramos su porvenir y lo vemos algún tanto nebuloso. ¿Qué hacer? Ya que no podemos remediar su pasado ¿no podríamos contribuir a remediar ese porvenir que tan oscuro se presenta? Indudablemente. Pues ¿qué hacemos entonces tan ociosos y con los brazos cruzados sin dar señales de actividad y energía? Parece que nuestra alma está muerta dentro de un cuerpo con vida. ¿Cómo remediar este mal? Muy fácilmente: invoquemos el auxilio divino, estudiémoslo detenidamente este asunto, y procuremos buscarle al futuro de Tierra Santa un porvenir risueño y digno de ella.

Interroguémos a nuestra conciencia, pidámos consejo a personas que pueden darlo, estudiémoslo lo que nos dicen los libros y verémos como después de mucho pensarlo, después de haberlo meditado con toda escrupulosidad, después de haber reflexionado, con calma glacial sobre este asunto, después de haber oído el fallo de personas eruditas, después de haber leído y comentado lo que nos dicen los escritores, en una palabra, después de un examen rigurosísimo, detenido e imparcial, verémos como todos los católicos por unanimidad, sin excepción de ningún género, darémos la misma solución, viniendo todos a parar en la única e indispensable manera de solucionar satisfactoriamente el porvenir de



Tierra Santa, conforme a los intereses de nuestra religión católica.

¿Cuál será esa única e indispensable solución que cuál dulce bálsamo se presenta?

¿Será acaso la fundación de un nuevo reino latino a semejanza del formado por los cruzados? nó, el fatal desenlace de las cruzadas ha dado a entender, con harta significación, que no es esa la solución. Otras maneras de resolver este conflicto se nos presentarán, pero ninguna de ellas nos dejará por completo complacidos. Tan sólo existe una ante la cual todas las demás tienen forzosamente que doblar la cabeza. ¿Cuál será esa solución? Pues la única e imprescindible que requiere este asunto, la que sin duda alguna se nos ocurre a todos y cada uno de nosotros, la que asoma a nuestros labios, como respuesta a la anterior pregunta, es *la convención de Tierra Santa en Estados Pontificios*.

¿Qué os parece la idea? ¿habrá algún católico verdadero que deje de aplaudirla y se atreva quizás a combatirla? Me parece de todo punto imposible, y francamente, lo que es yó no lo creo, por que realmente este es un proyecto, además de justo, necesario.

Y tan justa es esta solución que ni siquiera hay necesidad de discutirla, este es un escrito que, teniendo en cuenta la causa tan nobilísima que defiende, convence sin necesidad de leerlo, en un hecho que colmaría todos los más grandes anhelos de los cristianos que aman a su patria con verdadero frenesí.

Decirme sinó ¿hay, por ventura, alguna otra manera, mejor que ésta, para resolver este problema en conformidad con nuestros intereses católicos? ¿Descubris acaso una solución más satisfactoria que ésta? ¿No pensais, pues, de igual manera que los que piensan que de no conseguirse este propósito, ninguno otro, por muy bueno que sea, podrá sustituirle?

No os rompáis la masa cefálica buscando otra reforma que supere a ésta; no intentéis, por espíritu de contradicción, agarraros a un leño ardiendo para hacer naufragar esta idea, presentándola como perjudicial e inferior a otras; no queráis arrojar sobre vosotros las iras del cielo siendo indiferentes, o tal vez enemigos de lo que favorece a nuestra religión: además, vuestro empeño sería vano e inútil, porque de sobra comprenderemos apenas sobre ello pensemos, que buscarle a Tierra Santa otro porvenir mejor que éste es de todo punto imposible, y contra lo imposible os aconsejo que no perdáis el tiempo en luchar, porque al fin y al cabo nada conseguiráis.

\* \* \*

¿No es un deber sagrado que el soberano de Tierra Santa sea

el mismo Dios, ya que El escogió para suya esta tierra? ¿A quién mejor y más dignamente que a El se le debe dar aquel trono bendito? ¿Y quién es el representante de Dios en este mundo? ¿A quién eligió El mismo, valiéndose de instrumentos terrenales, para hacer sus veces en la tierra y gobernar a su pueblo escogido, que es todo el pueblo católico? Sólo existe una respuesta, sólo una palabra puede contestar a las anteriores preguntas, sólo asoma a nuestros labios el nombre del Papa actual ¿Y a quién mejor que al Sucesor de San Pedro le corresponde ese puesto? ¿A quién, sino al Vicario de Jesucristo le pertenece el gobierno absoluto de toda la Tierra Santa? ¿No nombró el Omnipotente al primer Papa en aquellos lugares? ¿No habrá quién patrocine, proteja y defienda esta idea? Ya lo creo que sí.

¿Habrá alguien, todavía, que diga que esta resolución no conviene, alegando que dicha tierra deícida es indigna de protección por haber consentido que el Mesías fuese martirizado en ella y por no haber querido escuchar la voz de sus discípulos? Los que así refutan este tema no tienen presente que si eso ocurrió fué para que se cumpliesen las profecías, y además para que la Humanidad fuese redimida con la única víctima que podía expiar sus faltas. Además, a pesar de que su crimen fué espantoso, su deicidio horroroso, su maldad sin igual ¿podrá Dios permanecer insensible a las lágrimas de tantos santos que han llorado su culpa, podrá ¿olvidar la sangre de los cruzados que la derramaron gustosos para limpiar su infamia? ¿podrá pasar por alto los tormentos y martirios de los hijos de San Francisco que quieren expiar su delito? De ninguna manera, eso es imposible ¿Y qué decir de las lágrimas y mortificaciones que los confesores, predicadores, vírgenes, penitentes y todos los fieles en general, ofrecen gustosos al que es Padre de los pecadores arrepentidos para su redención?

¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen! ¿Podrá el Eterno Padre haber dejado de oír y de satisfacer el último deseo y la última voluntad de su Hijo, que moribundo clamaba desde el santo árbol de la cruz: ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen! ¿Dejaría de escuchar las súplicas de perdón a favor de Tierra Santa, dirigidas por la Santísima Virgen, y por los apóstoles y discípulos? Nó, nó, nó.

Si grande fué su maldad, más grande es todavía la infinita Misericordia de Dios, el Cuál ya la ha perdonado.

Además, el que así argumente debe tener en cuenta que él con sus pecados ha contribuido a que el Redentor fuese tan vilmente maltratado, escupido, abofeteado, azotado, crucificado, etc ¿y será todavía capaz de no compadecerse de aquella tierra, habiendo él sido uno de tantos criminales, que si Dios fuese tan

misericordioso como él lo es, debería, desde hace mucho tiempo, estar ardiendo en lo más profundo de los abismos infernales?

Y el sólo hecho de haber escogido Dios aquel terreno sin haberse fijado en los demás ¡quién sabe si por no considerarlos acreedores de recibir su sangre! ¿no es una razón de mucho peso que prueba lo mucho que vale el sitio que El tanto amó?

Tal vez, tú, que estás leyendo estas líneas, piensas por desgracia de esa manera; lo lamento, porque una gran venda cubre tus ojos y tu corazón es seguramente tan pobre en rasgos generosos que no comprende todo lo sublime de la acción de Dios perdonando, compadeciendo y amparando a los mismos que ni le amaron, ni le protegieron, sino que por el contrario crudamente le escarnecieron.

Pero basta ya de tanta ceguedad, arráncate esa venda que tanto daño te causa, lávate los ojos con el agua de la divina gracia, para que veas bien, ponte inyecciones de buena voluntad y consagra todas tus energías a proteger esta santa causa.

\* \* \*

¡Cómo triunfaría la religión católica si en toda la Palestina no se oyese más que la voz que alaba a Cristo, como levantaría su cabeza si la Tierra Prometida fuese habitada por el pueblo de Dios y gobernada por el único que en este mundo, por voluntad de El, lo representa: cuán dichosa sería entonces aquella tierra bendita!

Entonces sí que podríamos ir a santificarnos a Tierra Santa, pues toda ella estaría convertida en un hermoso santuario lleno de reliquias veneradas, entonces sí qué sería un hermoso vergel en donde las vírgenes perfumarían el aire con el oloroso unguento de sus oraciones, entonces sí que con muchísima razón se llamaría a aquel pedazo de terreno antesala del Paraíso, entonces es cuando la Jerusalen terrestre se asemejaría muchísimo a la Jerusalen celestial, entonces la Iglesia Católica cantaría triunfante el himno de victoria, entonces una nueva etapa de gloria sería escrita en las páginas de la historia.

Pero la realidad es muy diferente de lo que nosotros deseamos. Démos una rápida mirada sobre la actual situación de Tierra Santa y nos quedaremos doloridos y pensativos, porque es imposible que un católico no se conmueva e indigne ante la profanación de los santuarios venerados de nuestra religión.

Si a mí no me lo hubiesen contado personas de toda mi confianza, si yo no lo hubiese leído en los libros, si los hechos no fueran tan palpables: os juro que no daría crédito a lo que en Tierra Santa ocurre y creo que a todos vosotros os sucederá lo mismo. Muchos creerán que exagero, pero no hay nada de eso, es más,

por no afligiros demasiado diré solamente y a grandes pinceladas lo que en Tierra Santa pasa, sin entrar en detalles que os sería muy doloroso escuchar.

Católicos: lo que en Tierra Santa ocurre no puede consentirse ni un instante más, es indispensable ponerle pronto remedio, vuestra indignación justa y noble no tiene que ser estéril, es preciso haber perdido nuestro espíritu cristiano para no sublevarnos ante tanta infamia, quién permanezca indiferente ante los sufrimientos de la tierra elegida no es digno de llamarse cristiano y mejor le hubiera sido no haber nacido.

Señores católicos: ¿es lícito que una hermosa mezquita sarracena, la de Omar, en la que el verdadero Dios no es escuchado, esté tan cerca del Santo Sepulcro que provoque e irrite la vista de los que van a orar a la tumba del Redentor? ¿Hasta cuando los cismáticos han de estar ultrajando la Basílica del Sepulcro Sagrado, viviendo dentro de ella, riéndose, mofándose e insultando a los padres franciscanos que, desde hace nueve siglos, con inquebrantable paciencia han venido padeciendo en silencio; aunque muchas veces no han podido menos de protestar, con marcado disgusto, al ver que tanto los turcos y aun todavía mucho más, los cismáticos, profanan en tal forma aquellos Santos Lugares que sus ojos involuntariamente se han cerrado, negándose a abrirse para no contemplar crímenes de tal naturaleza que repugna expresarlos y que yo para evitaros un mal rato no me atrevo ni aún siquiera a indicároslos?

¿Y qué decir del Santo Cenáculo en donde se instituyó la Sagrada Eucarística, cuyo sitio diariamente profanan los adoradores de Alá, leyendo el Korán y a donde a duras penas pudieron penetrar algunos peregrinos en el presente Año Santo de 1.925, teniendo para ello que sobornar a sus guardianes a fuerza de dinero?

Si entramos en la Basílica de la Ascensión ¿Qué vemos? veremos a un puñado de musuimanes profanando aquel sagrado sitio, con sus ceremonias islamita (40). Véase en comprobación de lo dicho «El Peregrino», revista quincenal de Madrid, n.º 25 y página 3.

El Sepulcro de la Santísima Virgen María ¿en poder de quién está? ¿acaso lo tienen los católicos? nó (bien a las claras nos lo dice Eiján en uno de sus muchos libros, titulado «El País de Jesús», página 177; en el cual nos cuenta que está en poder de los cismáticos).

En la Basílica de Belén ¿quiénes son los que celebran? pués los católicos alternando, para vergüenza nuestra, con los cismáticos, lo mismo que en la Basílica del Santo Sepulcro.

(40) Véase «El dos de mayo» por el autor citado; habiendo yo cambiado algunas palabras para adaptarlos a lo que venimos comentando.

Y a qué seguir ¿no basta ya con lo dicho? ¿no es suficiente lo expresado? ¿para qué queréis más detalles? ¿acaso no hablan con demasiada elocuencia los hechos citados? ¿necesitáis que os narre todavía los infinitos atropellos hechos a nuestra religión en aquellos lugares profanados? ¿queréis que os describa la verdad desnuda sin ningún atenuante, aún exponiéndome a dañaros mucho vuestro sentimiento religioso? no lo creo necesario y no quiero que las lágrimas hagan su aparición en vuestros ojos con demasiada violencia; contentaos con suponerlo. Pero os pido que no os desesperéis por lo que allá ocurre sino que hagáis todo lo posible para remediarlo, puesto que tiene remedio.

*Y ¿quousque tandem abutere patientia nostra?* repito con Cicerón. Si intentásemos apoderarnos violentamente de la Meca para convertir sus mezquitas en templos cristianos ¿qué sucedería? Si quisiésemos derribar las pagodas de la China y destruir sus ídolos ¿qué pasaría? Si pretendiésemos hacer desaparecer los objetos sagrados que constituyen la adoración de pueblos salvajes ¿qué harían dichos pueblos? Demás está la respuesta, no hace falta pronunciarla, porque de sobra es sabido que todos ellos defenderían con tal ardor la falsa religión de sus antepasados que inutilizaban todos nuestros esfuerzos. Y en cambio los católicos de hoy día consienten, toleran y hasta ven con buenos ojos lo que a nuestros antepasados les hizo levantarse en masa, abandonar sus hogares, dejar a sus negocios en las manos del destino, exponerse a ser juguete del capricho de las olas y lanzarse a una empresa tan arriesgada, como fueron las cruzadas, exponiendo sus vidas y derramando gustosos su noble sangre *¡Oh tempora o mores!*

\* \* \*

Cuán lisonjera, cuán diferente de la realidad y cuán grata es la esperanza para los verdaderamente católicos de que llegase a conseguirse la formación de los Estados Pontificios en Tierra Santa.

Supongámos por un momento que ésto llegase a ocurrir. Mas, me diréis: no sueñes con hechos que tan distantes están. Pero, es tan agradable soñar en aquello que nos satisface, que inconscientemente una gran pesadez se ha apoderado de mis párpados y una grata sensación ha inundado todo mi ser. He olvidado la moción de la realidad y recostado suavemente en la mesa en la cual escribo me duermo, después de haber abandonado el lápiz que distraídamente he colocado dentro del tintero, el cual, habiendo recibido un manotazo, cae al suelo chocando estrepitosamente contra el frío mosaico sin conseguir despertarme. Un moscardón zumba con molesto sonido alrededor de mi oído y a mí se me antoja aquel zumbido más agradable que el canto del jilguero, parece querer

arrullar mi sueño y esa gran mosca, que otras veces he perseguido con gran saña, se posa tranquila en mi entreabierta boca, sin que yo intente ahuyentarla, antes por el contrario, satisfecho continuo durmiendo y soñando, pero soñando con los ojos abiertos. De vez en cuando sonrío y es que mi sueño dulce y tranquilo, se deleita con inusitado placer en algo que me satisface y continuo durmiendo y soñando hasta que suaves palmadas dadas en mis espaldas por una mano amiga me despiertan de aquel placentero éxtasis. En un principio, iracundo, protesto contra el que me despertó, pero una vez calmada ni excitación nerviosa y a ruegos de él, le narro lo que he soñado: Soñé que una blanca paloma de proporciones gigantescas, me transportaba, cuál jinete en elegante caballo, a través de los espacios; veía indiferente correr bajo mi vista a pueblos y ciudades, otras veces contemplaba a débiles embarcaciones luchando contra el continuo oleaje del mar.

Después de una interminable travesía y cuando estaba ansioso de ver el final de la aventura, noté que la paloma descendía hasta posarse sobre tranquilas aguas y dando allí una vuelta de campana me dijo sumergido en ellas, desapareciendo entre las nubes el ave que allí me transportó. Nadé hacia la orilla y a poco de estar en ella los confortables rayos de un ardiente sol secaron mis vestidos y calentaron mis helados miembros, sin embargo. ¡cosa rara y sólo propia de sueños! mi tranquilidad en nada se había alterado, antes por el contrario, todo lo sucedido me parecía la cosa más natural del mundo. Y no vaya alguno a creer que soy un valiente, nada de eso, a veces me he asustado de una simple cucaracha o de un insignificante ratoncillo, por eso digo que lo que me sucedió fué algo muy raro y propio solamente de un sueño. Sin saber hacia donde dirigirme caminé a la ventura y tropecé torpemente con algunos caminantes a los que pregunté en que lugar me encontraba, sorprendidos me contestaron, pero más sorprendido que ellos quedé yo, al saber que me había bañado, sin darme cuenta, en el río Jordán y que me encontraba en medio del pueblo escogido. Continué mi camino, pero un canto melodioso me detuvo, acerquéme a una especie de santuario de donde dichas veces salían y un suave perfume de oloroso incienso fué aspirado por mí. Indiscretamente miré a través de la verja y contemplé a un grupo de ángeles, que para poder habitar entre nosotros no habían tenido más remedio que vestirse con carne humana; me aparté de aquel sitio temiendo profanarlo con mis impudicos ojos y seguí caminando, recreando mis oídos con el continuo y variado gorjeo de los infinitos y alegres pajarillos, que en las flexibles ramas de los árboles se balanceaban. Más allá una hermosa Basílica descubrieron mis ojos; era la morada del Santo Sepulcro. Penetré dentro, extrañándome no tropezar sino con católi-

cos fervientes ¿dónde estarán los cismáticos? me preguntaba a mí mismo, sin poder contestarme. Los busqué por todas partes pero no los hallé, quise encontrarlos en los más escondidos rincones, pero ellos no aparecían, frotéme los ojos, por si no veía bien, pero ni aún así pude dar con ellos, ¿dónde estarían?, ¿no decían los libros que yo había leído que allí se encontraban ellos en gran número? Por un momento llegué a creer que fuesen seres invisibles. Al fin me decidí a preguntarlo y con atónitos ojos, demasiados expresivos, me miraron durante largo rato los que yo había interrogado. Repetí la pregunta, temiendo que no me hubiesen entendido y con gran asombro mío me contestaron que dichos señores, desde hacía mucho tiempo, habían desaparecido, convirtiéndose unos y emigrando otros. Separéme de ellos violentamente, quería reflexionar, salíme fuera del santuario y descubrí a pocos pasos un magnífico edificio, sospeché en el acto, dada su magnificencia, que sería la celebrada mezquita de Omar y hacia allá me encaminé, pero estaba visto, las sorpresas no se habían acabado para mí, una gran cruz coronaba la cúpula del edificio, en la que aún no había reparado, y unos elegantes soldados, en cuyos rostros se adivinaba su lealtad y nobleza montaban la guardia en la puerta del suntuoso palacio. Me enteré con gran placer que aquel hermoso edificio era el palacio del Vaticano, al cual solía ir el Papa de vez en cuando a pasar cortas temporadas, volviendo después a su residencia en Roma. A la razón se encontraba allí, pues al cabo de un momento y como si hubiese adivinado mi deseo de verle, asomóse al balcón y me echó la bendición, que yo recibí poniéndome de rodillas. La mezquita de Omar había desaparecido y en su lugar se había construido el palacio papal. Poco más allá estaba el Santo Cenáculo y hacia allí fui; con paso vacilante y atrevido traspasé el umbral de la puerta y cuando creía encontrar la resistencia de los mahometanos, que en sus religiosas ceremonias tal vez estarían leyendo el Korán, ví, con la natural sorpresa, a un sacerdote católico diciendo misa y que en aquel momento pronunciaba las sublimes palabras: «*Hoc est enim Corpus meum*», caí de rodillas y oré... oré en silencio.

Pasé después por el pueblo de Belén y recreé extraordinariamente mis oídos al oír una música casi celestial cantando: »*Gloria in excelsis Deo*».

Desde allí me dirigí a Nazaret a donde llegué en el preciso momento en que en la Basílica daban las doce y oí un repique de campanas al mismo tiempo que ví al pueblo, que destocado, repetía: «*Hic Verbum caro factum est*».

Regresé a Jerusalem y me dirigí hacia lo desconocido, vagando por las calles, sin rumbo determinado, al azar. No sospechaba, ni aún remotamente, hacia donde me encaminaba. Por doquier veía

hermosas iglesias y santuarios. El tosco sayal del padre franciscano se dísaba por todas partes. Todo era tranquilidad, paz y sosiego. Dudé un momento suponiendo que me encontraba en el Paraíso. Al doblar una esquina tropezé con una gran peregrinación que con la cruz al hombro y radiante de gozo se dirigía hacia el Gólgota, cantando himnos de victoria, a los cuales entusiasmado y sin darme cuenta de lo que hacía, uní mi voz.

¡Que diferencia entre la realidad que veía y lo que yo había leído en aquellos libros *engañosos!*

Mi felicidad era tal, que recordé los cuentos que mi abuelita me contaba y que yo, suavemente reclinado en su falda y entre besos y caricias, entusiasmado oía. Figuréme que aquel era el país encantado, lleno de hadas y de duendes, los cuales me protegían, y con gran candor e inocente voz empecé a llamarlos, recordando los nombres que había oído siendo niño, y entonces fué cuando las palmaditas que recibieron mis hombros me despertaron. Pero aún despierto quiero continuar soñando .. soñemos, alma, soñemos.

\* \* \*

Volvámos otra vez a la realidad, de la que hemos salido para introducirnos, durante breves instantes, en las regiones de la fantasía.

¡Que diferencia existe entre lo que es en la actualidad Tierra Santa y lo que debía ser! Claramente hemos visto el retrato de su pasado, que no podemos remediar; el de su presente, bastante lastimoso; y el de su porvenir, que puede ser floreciente o desdichado, según nosotros queramos, pues de nosotros depende.

Trabajémos, ya que hemos visto cuán acertada es esta idea, para que Tierra Santa se convierta en Estados Pontificios. Y puesto que vemos la razón de esta reforma ¿porqué a partir de este mismo instante no nos esforzamos para que se convierta en un hecho este proyecto?

Es, pues, preciso, que llegue el día en que, con la debida pompa, sean celebrados los misterios en el mismo lugar en que se verificaron; es indispensable que tan sólo los católicos sean los que adoren al verdadero Dios, en la patria de los cristianos; forzosamente tendrá que llegar el momento en que el Señor, apiadado de su pueblo, le conceda este placer, si pone de su parte todo el esfuerzo posible.

¿No os parece que ha llegado el momento de defender y amparar esta causa, no creis oportuno aprovechar los momentos actuales para ventilar este asunto, no consideráis cuánto mal estáis haciendo con vuestra pertinaz indiferencia?

Nueve siglos hace que el porvenir de Tierra Santa fué el tema palpitante en toda Europa, tema que aún se oye comentar, y



que mientras haya en el mundo, aunque sólo sea, cenizas de cristianos, se oirá nombrar.

A este país han acudido infinidad de creyentes deseosos de indagar los misterios del amor; los artistas han ido allí en busca de la inspiración, y los sabios también han recorrido la distancia que los separaba del país de Jesús para interrogar a sus viejas colinas y a sus antiguos y derruidos monumentos, y pedirles que les revele los viejos secretos de su curiosa historia.

Esta tierra tan llena de hechos históricos, cuyo protagonista fué el mismo Dios ¿no será para nosotros objeto de singularísima atención? ¿seremos tan perversos que hagámos la vista gorda ante el lugar más santo de toda la tierra? no, eso no es posible.

¡He aquí la tierra de los profetas y de las tradiciones bíblicas, la tierra cuna del cristianismo, la tierra donde nació, vivió y murió el Hijo de Dios, la tierra que engendró a los primeros apóstoles, la tierra tan llena de riquezas materiales que algunos han llegado a sospechar que el antiguo Paraiso terrenal se encontraba allí, la tierra en la que no hay un palmo de terreno que no pregone una hazaña, ni colina alguna que no constituya un monumento histórico, la tierra que debe ser defendida y amparada por todo cristiano, la tierra que, cuando la luz de la inteligencia empezó a despertarse en nosotros, oímos nombrar a nuestras madres al narrarnos, llenas de ternura, los misterios grandiosos de nuestra redención, finalmente *«la tierra donde San Pedro fué nombrado primer Papa de la Cristiandad»!*

Mirémos con mucho cariño este sitio, interesémosnos por todo lo que a él se refiere, procurémos en todo momento proteger y defender sus sagrados intereses, afanémosnos por que deje ya de sufrir la vida errante y triste que lleva, y hagámos todo lo posible para que, ya que no podemos remediar su infeliz pasado, siquiera un risueño y agradable porvenir luzca sobre él y le bañe con la radiante luz de sus amorosos rayos.

\*  
\* \* \*

Es, pues indispensable, y no hay más remedio que organizar una nueva y verdadera cruzada para convertir a Tierra Santa en Estados Pontificios.

Todos sabemos que una cruzada es una reunión de creyentes que quieren defender los sagrados derechos de la cruz de Cristo, luchando contra los que la persiguen y no la dejan que resplandezca con todo su refulgente esplendor.

Formémosnos, pues, nosotros, en orden de batalla, organicemos una gran cruzada y aprestémosnos a defender los sagrados intereses del madero bendito.

Y puesto que así hay que hacerlo ¿porqué tanta dilación? ¿por qué no damos de una vez comienzo a ella estando, como estamos, convencidos de su urgente necesidad? ¿carecemos de valor o qué es lo que nos pasa que yo ni explicarlo puedo?

Si viésemos una causa justa, noble, necesaria y que además interesase a individuos de nuestra propia familia, con los cuales nos unen lazos más estrechísimos que los de la amistad ¿qué haríamos? ¿la abandonaríamos quizás? ¿haríamos la vista gorda con respecto a ella? ¿permaneceríamos indiferentes? a buen seguro que nó.

Pues aquí no se trata de ningún amigo ni familiar, sino de una causa más noble, más elevada, más sublime; se trata de defender una causa santa, divina, celestial, en la que únicamente el triunfo de nuestra religión, el porvenir de la Iglesia Católica y la gloria de Dios, son los únicos motivos que nos excitan a protegerla.

Si esta cruzada fuese coronada por el éxito, se conseguiría matar a dos pájaros de un solo tiro, como vulgarmente suele decirse; esto es, se conseguirían dos cosas a la vez: en primer lugar se lograría que Tierra Santa ocupe el lugar que le corresponde, y en segundo lugar se formarían los Estados Pontificios, tan necesarios para la buena marcha del Catolicismo,

Y puesto que es indispensable emprender cuanto antes esta cruzada, vamos, como individuos previsores, a ver los medios adecuados que conviene poner en práctica para lograr nuestros deseos y al mismo tiempo los obstáculos con que tropezar émos, porque, sabido es, que no hay victoria sin batalla, ni triunfo sin lucha.

\* \* \*

Aunque en pasadas épocas tan sólo por medios belicosos y guerreros se conseguía el dominio sobre Tierra Santa; hoy día, en que los tiempos tanto han cambiado y en que las circunstancias son distintas, existen otros medios más civilizados, más contundentes y de más utilidad y provecho.

¿Y con que medios se cuenta para convertir en hecho esta laudable idea? Con muchísimos, pero únicamente daré a conocer los que yo concentúo principales.

Uno de ellos es la palabra hablada y escrita. ¡Cuánto poder tiene la palabra que el hambre moral y recto de costumbres exhala!; no es preciso que sea verbo elocuente, antes por el contrario, produce un beneficio muchísimo mayor la palabra sencilla y humilde cuando brota de lo más profundo del corazón humano. Y si fuerza y poder tiene la palabra, fuerza y poder tiene también el escrito. Este llega hasta donde aquella no puede llegar. La pala-

bra se pierde en el vacío cuando el oyente está a distancia; pero el escrito no teme a las distancias, cruza los espacios, atraviesa los mares y recorre el mundo de extremo a extremo, llevando en medio de sus páginas ideas y pensamientos, ya buenos, ya malos.

Causa mucha pena ver la inmensa muchedumbre de libros que contra nuestra religión se escriben y que quieren divinizar a los vicios, presentándolos con apariencias de virtud, pero más tristeza causa todavía ver que el pincel del escritor católico se mueve muy poco para dar la voz de alarma y emprender una encarnizada lucha contra los que, fingiéndose redentores, intentan degollar a la Humanidad Católica.

Abre, pues, tus labios y toma la pluma en el nombre del Señor; El se encargara de que tu lengua pronuncie palabras convincentes y de que tus escritos muevan la atención y voluntad del que te lee; El llevará esta cruzada a la victoria, si con verdadera fê trabajamos para que así ocurra.

¿Qué hacen multitud de oradores católicos ocupados constantemente en otros temas menos importantes que éste? ¿porqué su voz vibrante, elocuente y convencedora, no se percibe en medio de quienes rigen, quizás con mucha indiferencia, los destinos de la tierra bendita? Parece que la saliva se ha secado en sus gargantas y sus lenguas se han paralizado dentro de la boca.

Los periódicos católicos ¿porqué no emprenden una verdadera campaña en este sentido? ¿dónde está la pluma de nuestros escritores? tal vez oxidada dentro de un cajón de la mesa de escritorio o quizás ocupada en trazar sobre el papel tontas e inútiles rayas? ¿será acaso que la tinta que existía en los tinteros se habrá agotado? ¿ha muerto ya aquella pléyade de valientes e intrépidos defensores de los Santos Lugares? ¿será preciso que rescite San Bernardo para arengar al lápiz a deslizarse sobre las cuartillas, o Pedro el Ermitaño para animar a la lengua a moverse junto al paladar? A veces llego a sospechar si todo esto será necesario.

¡Cuántos diplomáticos, si quisieran, podrían por medio de sus influencias convertir en un hecho este deseo que yo, aunque indigno de tal honor, haciéndome eco del sentimiento común que en estos momentos sienten todos los católicos, que han meditado con calma esta cuestión, expongo!

¡Cuántas amistades, puestas prudentemente en juego por personas influyentes, serían muy convenientes y quién sabe si suficientes para que nuestro propósito se verificase.

Y si Inglaterra, la actual dueña de Tierra Santa, ante una campaña verbal y escrita no cede desinteresadamente, atrayéndose de esa manera tal vez su propia ruina por su mal proceder para con el Catolicismo, entonces, decidme ¿para que está el bolsi-

llo de todos los católicos del mundo entero? ¿quién que haya sido lavado con las aguas bautismales dejaría de contribuir, según sus recursos se lo permitiesen, a una suscripción mundial para comprar tan rico tesoro y regalárselo al que ocupa el lugar de Dios en la tierra?

¡Cuántos, víctimas de la codicia, no quieren desprenderse del dorado metal, que acumulado en gran cantidad en sus repletas arcas, de estorbo y zozobra les sirve, sin tener en cuenta que algún día, muy a pesar suyo, de él se han de desprender, cuando la muerte con su guadaña cegadora les arrebate la existencia!

Y si toda la Cristiandad Católica contribuyese a convertir en un hecho esta magna idea ¿no se reuniría el dinero suficiente y aún sobraría una buena parte, por muy exigente que fuese la nación que en la actualidad lleva el sobrenombre de reina de los mares? Esto sería una temeridad dudarlo.

Y no vayais a creer que serían los ricos y poderosos los que abrirían con más agrado sus bolsillos, a pesar de que varios monarcas y nobles personas de la aristocracia les darían ejemplo; nó, seguramente los despreciados por la fortuna, aquellos que son víctimas de la miseria, los que cubren su cuerpo, nó con riquísimos trajes sino con sencillos vestidos y no lujosas ropas, son los que, a pesar de todo, repartirían con más gusto el pan adquirido con el sudor de sus frentes; a las puertas del corazón de los cuales nunca se llama en balde, porque conocen prácticamente las estrecheces de la vida y tienden a remediar, en lo posible, las desventuras ajenas, recibiendo por recompensa la satisfacción de haber hecho una buena obra o de haber aliviado la pena del que padece.

¡Raro contraste de la vida humana! Mientras el rico desprecia, se burla o dá con cierta altanería una mezquina cantidad, en comparación con lo que posee; el pobre ni desprecia, ni se burla y dá, de lo poco que tiene, mas no con altanería, sino con cariño y amor.

En nada mejor podríamos emplear nuestro dinero, en mayor o menor cantidad, que en esta obra.

Así como los granitos de arena unidos forman inmensas playas y las gotas de agua, confundidas unas con otras, componen el océano, de la misma manera la insignificante limosna depositada para este fin llegaría a convertirse en una cantidad respetable, si cada uno de nosotros nos desprendiesemos de ella.

Y el que ni con su palabra, ni con sus escritos, ni con sus amistades e influencias, ni con su dinero, puede ayudar a esta nueva cruzada, no por eso habrá de sentarse mientras los demás trabajan, ¿que harán, pues, estos individuos? me preguntarán algunos; a los que yo les respondo, *orar*.

Ya sabemos el gran fruto que obtiene la oración cuando se recita con verdadera fe y devoción. Ella por sí sola ha sido suficiente para resucitar a los muertos, tanto del cuerpo como del alma; ejemplos de estos lo hemos leído en la vida de los santos y quizás algunos de vosotros haya tenido la dicha de verlo prácticamente. Ella aplaca la ira de Dios y sirve como de pararrayo a su divina justicia. Ella es el medio más eficaz para conseguir aquello que imaginamos imposible.

*Pedid y recibireis*, nos ha dicho el Señor y varios santos han añadido que aquellos que con gran fe e insistencia han pedido a Dios alguna cosa, les ha sido concedida, si les conviene para la salud de su alma.

Contamos, pues, nosotros, con el medio más poderoso que jamás ha existido en el Universo. Tenemos en nuestras manos la llave que abre todas las cerraduras. Poseemos para el combate un arma, mejor que la espada, mejor que la pólvora, mejor que las mejores armas guerreras.

Lo que parecía imposible, lo que creíamos inaccesible, aquello que veíamos difícil de conseguir, fué alcanzado con suma facilidad por el medio más poderoso que existe y que todos tenemos a nuestro alcance: la oración.

Es esta por lo tanto una cruzada a la que debemos y podemos acudir todos, sin que exista ningún género de excusa para los que pretenden justificar su ausencia.

Decidme ¿no hay infinitos y grandes medios para conseguir el fin propuesto? ¿pueden apetecerse más? ¿los hay mejores o por lo menos iguales?

Existen todavía muchos más que no creo necesario enumerar, por creer que el lector los adivinará, si tiene presente que cuanto haga con este objeto es un medio que Dios ha puesto a su alcance para que lo lleve a cabo.

Y si todos los medios citados resultasen completamente inútiles; si a pesar de todos los desvelos que nos tomásemos para conseguir por medios pacíficos la realización de nuestros deseos, no los lográsemos; si todo cuanto en este sentido hiciéramos, sin apelar a medios violentos, fuese estéril, entónces, triste es confesarlo, pero no hay más remedio, habría que recurrir a las armas para, asemejanza de nuestros antepasados, defender la más justa, la más noble y la más santa de las causas.

La guerra por regla general, repugna a la Humanidad por ser uno de los síntomas de salvajismo que por desgracia todavía nos queda, pero a veces es forzoso reconocer que no solo es inevitable sino también necesaria. Y si dicha guerra tiene por objeto proteger a la religión católica, defenderla y ensancharla, entonces, sería una necedad considerar salvajes o bárbaros a los que, después

de haber apelado a todos los medios humanos posibles, no les quedase más remedio que solicitar la fuerza de las armas para defender derechos sagrados. Recordémos a este propósito que el mismo Dios le dijo a los israelitas que se apoderasen de la Tierra Prometida luchando y expulsando de ella a los que la habitaban. Recordémos también la guerra de las Cruzadas, apoyada por el Representante de Cristo en el mundo. Recordémos finalmente las pequeñas escaramuzas habidas entre los soldados de Garibaldi y las tropas pontificias, apoyadas por todo el orbe católico. De lo dicho resulta que Dios, el Papa y todos los católicos en general, han ordenado y ayudado a varias guerras que, por ser santas, fueron leales. Y ahora, decidme ¿los mismos que ampararon esas guerras, no ampararán esta otra? ¿no son semejantes? ¿no van todas ellas encaminadas a conseguir la mayor gloria de Dios y el triunfo de la Iglesia Católica?

Si no hay más remedio, si es imprescindible, si no queda otra solución, lancémosnos a la lucha y demostrémos que aún hierve en nuestras venas sangre valiente y temeraria.

¿Nos limitaríamos a quejas o lamentaciones, más o menos sentimentales o conmovedoras, si nuestro rey cayese en poder de un pueblo enemigo? ¿Que hijo dejaría de luchar por todos los medios que están a su alcance para rescatar a su padre del poder de una cuadrilla de bandidos, si estos lo hubieran cogido prisionero? Si España volviese a ser invadida por una nación extranjera ¿qué haríamos los españoles? ¿acaso no se repetirían en Madrid los inolvidables y heroicos sucesos del dos de mayo? ¿acaso Zaragoza no tendría sus héroes y sus heroínas? ¿acaso los iberos de nuestros días no se batirían contra el enemigo como se batieron los héroes de Bailén? ¿Y dejarán abandonada esta empresa los que fuesen capaces de ejecutar lo antes mencionado?

Opino que debemos desengañar a los verdugos de Tierra Santa, los cuales viendo que nos limitamos a quejarnos y lamentarnos nos creen incapaces de cualquier acto belicoso. Ellos creen que nos sentimos sin fuerza para pasar de las palabras a los hechos, alegando que tan sólo sabemos una canción aprendida de memoria y que recitamos, sin darnos cuenta de lo que decimos y a lo que ellos llaman el vicio de pedir oponen la virtud de no dar.

Forcémos, pues, a todos los gobiernos que dicen son católicos, para que cumplan con su inevitable deber, y procurémos regenerar el mundo disponiendo una gran cruzada y conduciéndola en breve a término feliz.

¡Adversarios de este ideal! ¿Estais persuadidos de que los 300 millones de católicos, que existen en el mundo, serán tan fácilmente vencidos? ¿No teméis encontrar leones donde pensais que no existen sino mansos corderillos? ¿Tanta confianza teneis en la vic-

toría que nos despreciais y ni aún siquiera os dignais escucharnos? Tal vez pronto os arrepintais.

¡Y a vosotros, cristianos! os diré con un conocido poeta cuyo nombre lamento muy de veras no recordar en estos momentos y en cuyos versos cambiando algunas palabras, para adaptarlos a lo que venimos hablando, os digo:

*Aguerridos veteranos,  
que vais a luchar unidos,  
con vuestra invencible mano,  
para hundir al enemigo,  
os basta con ser cristianos.*

---

*Nombre que os puso en la frente,  
una corona de honor,  
la heredasteis esplendente,  
sabed, que la sangre hirviente  
engrandece su esplendor.*

---

*Ante ese nombre se humilla,  
desae el indio al africano,  
sólo él, es maravilla,  
porque el sol cuando más brilla,  
solo vé suelo cristiano.*

---

*Y que débiles espadas,  
nos miren ya sin piedad,  
que naciones derrotadas,  
nos quiten hoy descaradas,  
nuestra muy santa ciudad.*

---

*¡Sión! Conserva tu honor,  
conserva, Sión, tu fama,  
si alguna noche de horror,  
se eclipsa tu resplandor,  
que floresca con el alba.*

*Y si mi acento guerrero,  
no os pone el hierro en la mano,  
¡vosotros que sois hermanos!  
preguntadle a vuestro acero,  
para que nació el cristiano.*

Un autor impío que, al ver a los católicos tan sumisos, ignora seguramente que «a veces se esconde el lobo bajo la piel del cordero», escribía en una de sus obras: «El ardor guerrero, como sostén de la fé, ha desaparecido, y sus únicos recuerdos son las marmóreas efigies que sobre las tumbas de los caballeros cruzados reposan en las silenciosas criptas de las iglesias.»

¡Cuán equivocado está este buen señor, cuyo nombre por delicadeza y para evitar que sea blanco de las mofas y burlas de los demás, no me atrevo a citar; mas, es conveniente que tenga presente que si llegase el momento de demostrar que las marmóreas estatuas de que él habla, saben desenvainar su espada con vigor y lozanía, así sucedería, y él quedaría en ridículo al ver que los hechos le daban a conocer cuán equivocado está.

Sí, amigo mío, tenga usted muy en cuenta que a los cristianos con relación a su verdadera patria, se les puede muy bien aplicar la siguiente canción muy popular:

*Si llegase el momento terrible  
de morir, defendiéndote fiel con valor,  
cual soldados valientes y activos,  
juraremos por tí sucumbir.*

Y podríamos añadir estos versos también muy populares:

*Que el que muere cantando a la patria y  
protegiéndola con gran amor,  
en los cielos consigue la gloria y  
en la tierra enaltece su honor.*



Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, repito una vez más, que la guerra tan sólo es lícita y únicamente debe hacerse cuando ya no quede otra solución para conseguir lo que tanto anhelamos, mientras tanto, procuremos únicamente emplear los medios pacíficos. Nosotros queremos paz, pero si ellos se empeñan en la guerra, habrá guerra, y se volverán a escribir versos parecidos a los siguientes de Bernardo López García: (41).

*¡Guerra! clamó ante el altar  
el sacerdote con ira;  
¡guerra! repitió la lira  
con indómito cantar;  
¡guerra! gritó al despertar  
el pueblo que al mundo aterra;  
y cuando en la santa tierra  
pasos extraños se oyeron  
hasta las tumbas se abrieron  
gritando ¡venganza y guerra!*

*La Virgen con patrio ardor  
ansiosa salta del lecho,  
y el niño bebe en su pecho  
odio a muerte al invasor;  
la madre mata su amor,  
y cuando calmado está,  
grita al hijo que se vá:  
«¡Ya que la patria lo quiere,  
lánzate al combate y muere;  
tu madre te vengará!»*

*¡Y suenan patrias canciones*

---

(41) Véase lo que poco más o menos dice Eiján en su obra «El País de Jesús» página 178.

*cantando santos deberes;  
y van roncadas las mujeres  
empujando los cañones;  
al pie de libres pendones  
el grito de patria zumba,  
y el rudo cañón retumba,  
y el vil invasor se aterra,  
y al suelo le falta tierra  
para cubrir tanta tumba!...*

\* \* \*

He aquí algunos párrafos de un orador muy célebre, que ha defendido nobles causas y que podemos aplicar a esta. Dicho orador, el ilustre senador francés Chenelong, hablaba así en un discurso elocuentísimo:

«En nuestros días no es bastante seguir en casa gimiendo en la soledad por las pruebas a que se vé sometida nuestra religión y nuestra *patria*, rogando a Dios que las socorra. Esto es excelente, pero, repito, no basta.»

«Aunque la soledad es una grande y santa cosa, debe servir a disponer al cristiano para el combate. La oración es una gran fuerza; pero *a Dios rogando y con el mazo dando*. Vivimos en tiempos de lucha; abstenerse sería una defección y aislarse una debilidad. La acción, la acción común, es un deber.»

En otro discurso que pronunció en París el año 1.867 se expresaba en estos términos:

«Con frecuencia las obras católicas tienen principios trabajosos y difíciles. Combatidas por cuantos ven atacados por ellas sus proyectos, no siempre son comprendidas por las personas cuyas causas sirven; no sólo deben sufrir los ataques de los adversarios, sino también las contradicciones más dolorosas de aquellos que casi son sus aliados...»

¿Qué contestaremos ahora, señores, a los otros contradictores más próximos que, a pesar de participar en cierto modo de nuestros temores, preocupaciones y deseos, censuran nuestros afanes, suponiendo en nosotros un acto excesivo, y llegando a decir al oído de muchos: ¿«A qué fin meter tanto ruido con esta lucha?» ¿«A qué fin semejante resistencia?» ¿«No sería mejor replegar velas cuando el viento es contrario?» «Las protestas son inoportunas y, con los ardores de la lucha, consiguen sólo exci-

tar pasiones ya demasiado ardientes.» «Agravan el peligro sin disminuir el mal, y son imprudentes.»

«Yo, señores, aprecio mucho la prudencia; es una virtud excelente que debe formar parte de la armadura del cristiano. Hállase ligada la causa de la Iglesia a intereses tan grandes y tan vastos, que precisa no comprometerla. Todo lo domina y a nada debe subordinarse. Empero, por otra parte, su causa es tan sagrada, que no se debe ceder nunca y se debe confesar, entre todos los peligros, los obstáculos, la fuerza de las preocupaciones, el *desencadenamiento* de las pasiones y la impopularidad de la defensa. (Muy bien)»

«La prudencia cristiana evita los luchas inútiles; pero acepta todas las necesarias, no consintiendo que la verdad sea oprimida ni el deber abandonado.»

«Nosotros, señores, pertenecemos a una Iglesia que nunca calló tratándose de la verdad de que es depositaria. Sean cuales sean los riesgos, siempre ha confesado a su Señor, reconocido su origen, proclamado sus títulos y sostenido su autoridad. Oprimida, nunca quiso librarse del peligro con el silencio; con sus protestas de hoy ha preparado siempre sus victorias de mañana. (Sensación profunda).»

«Ahora bien; nosotros no seremos hijos degenerados de esta Iglesia valerosa e indomable; una parte de su intrepidez y de su fé se infundirá en nuestros corazones, resistiendo nosotros, día por día y hora por hora, oponiendo en todas partes a la faz del mundo el homenaje al insulto, el valor al atrevimiento, la fidelidad inmensa a la rebelión obstinada, la afirmación que no cede a la negación que todo lo amenaza. (Aprobación unánime).»

A los que me censuren por mi reconocido carácter seglar, suponiéndolo incompatible con la idea culminante de la presente obra, podría oponer no pocos textos de ilustres personajes. Mas, creo que bastará con copiar las siguientes palabras del Romano Pontífice:

«Lejos de disgustarme, me consuela que aún los seglares, en tiempos tan difíciles y peligrosos, cooperen a la defensa de la religión católica, se conserven unidos al clero, promuevan el bien y patrocinen la verdad, bajo la dependencia total del Pontífice y bajo la dirección de sus propios pastores. No se debe desmayar por las dificultades que surgan, sino afrontarlas y vencerlas con la paciencia y la constancia. El ejemplo de otras naciones, ha tiempo acostumbradas a la lucha, debe ser motivo de esperanza, sostenida sobre todo por la certidumbre de que no podrá faltar el auxilio del cielo a los que combaten por una causa digna.»

Hemos visto ya los innumerables medios con que contamos para poder triunfar; pasemos ahora a examinar también los infinitos e incontables obstáculos con que hemos de tropezar, todos los cuales aunque muy difíciles de vadear y vencer, son sin embargo muy inferiores a los medios de que disponemos para combatirlos.

Son tantos dichos contratiempos que unidos formarían una nube tan grande que sería capaz de obscurecer el sol; pero recordémos a este propósito la célebre frase de Leónidas, cuando en análogas circunstancias, le dijeron sus oficiales que la cantidad de enemigos era tan grande que eclipsaba la vista solar, a lo que respondió: *Mejor, con eso pelearémos a la sombra*, y con sólo trescientos espartanos resistió, en el desfiladero de las Termópilas, durante tres días, al ejército persa, compuesto de más de dos millones de combatientes, hasta que la traición de un pastor provocó la derrota. Igual frase podríamos nosotros repetir en la ocasión presente, en que por doquier se vé el camino erizado de dificultades y contratiempos, algunos de ellos bastantes imponentes y aterradores, pero de ninguna manera invencibles.

Mas, aunque a simple vista las dificultades parecen insuperables, aunque el camino resulta algún tanto escabroso, aunque muchos crean que es una locura lo que se pretende; sin embargo, sin olvidar las dificultades, sin negar los inconvenientes, sin pasar por alto los obstáculos que se presenten capaces de desanimar únicamente a cobardes, tímidos y medrosos, se nos coloca ante nuestra vista aquella hermosa divisa: *Querer es poder*.

Y verdaderamente más haremos nosotros con nuestra constancia y entusiasmo que los que quieran hacernos desfallecer. No olvidémos ni un momento el refrán que dice *que más hace el que quiere que no el que puede*; refrán que en la vida práctica siempre ha sido robustecido por su exactitud.

Marchémos siempre hacia adelante sin volver para nada la vista hacia atrás. Que se presenta un inconveniente, pues a vencerlo; que es superior a nuestras flacas fuerzas, pues pidamos socorro a Quién todo lo puede. Y si nos proponemos vencer, venceremos; si queremos triunfar, triunfaremos; si anhelamos de verdad conseguir nuestro fin, lo conseguiremos.

Tomémos la cruz, recordando la inscripción que vió en ella el emperador Constantino, cuando miró al cielo, en donde dicha cruz se le apareció, al dar la batalla decisiva contra Majencio, su rival: *Por este signo vencerás*, y efectivamente con él vencerémos y podremos repetir en plural las palabras de Julio Cesar: *Veni, vidi, vici*.

Repitamos también con el ilustre marquez de Valdegamas: *Maravilla ver cuán fáciles son las cosas más difíciles*:

La principal dificultad que se nos presentará para convertir a

Tierra Santa en Estados Pontificios es la oposición tenaz y rotunda de todas las naciones que no profesan el catolicismo, por considerar esta magna obra de un beneficio tal para nuestra religión católica, apostólica y romana, que ponga en peligro las falsas doctrinas por ellos profesadas. Y efectivamente, los que engañados por el error y frenéticos en su defensa quieren su triunfo, pisotearán con gran encarnizamiento este ideal y harán todo lo posible por hacerlo desaparecer. Pero, si bien, es muy razonable el considerar esta como la capital dificultad que se nos presenta, de penosa resolución, debemos también tener en cuenta que mientras más difícil sea la lucha más bonitos nos resultarán los laureles de la victoria.

Mentira parece, pero quienes lucharan con más ardor contra nosotros no serán los *budistas* ni los *bramanes*, ni aún siquiera los *sectarios de Alá*, ni los *judíos*, sino los mismos *cristianos* que apartados de la religión católica no reconocen la autoridad papal; tales son principalmente los *protestantes* y los *cismáticos*

Los primeros (protestantes) dominando en Inglaterra en mayor proporción que los católicos nos harán una tenaz y firme resistencia, capaz de desalentar a los más valientes y arrojados, pero nunca a los que confían en la protección de Dios. Ellos nos declararán una guerra sin cuartel, harán todo lo posible por echarle tierra a esta cruzada y se esforzarán para ahogar la semilla sin dejarla fructificar. A pesar de eso en la católica Irlanda y en algunos pueblos de la Gran Bretaña se encontrarían muchísimos acérrimos partidarios de esta indispensable reforma.

Los segundos (cismáticos) defenderán hasta última hora su puesto en aquellos lugares sagrados. Ellos durante muchos siglos han estado luchando contra los latinos para arrebatarnos todos los santuarios sacrosantos de nuestra redención, sin lograr conseguirlo. (A tal extremo habían llegado las cosas en el siglo pasado, en este orden de ideas, que como dicen eminentes plumas (42) «ni se podían blanquear los ennegrecidos muros de la Basílica del Santo Sepulcro, ni introducirse un clavo más en la pared de una capilla, ni colocarse en un altar un nuevo cuadro, ni suspenderse en las bóvedas otras lámparas que las existentes, sin provocar una gran disputa que ponía en movimiento a cónsules y embajadores. No habiendo más remedio que obrar así, a pesar de reconocer cuán ridículo es este proceder, teniendo en cuenta que el gobierno turco no tenía ningún inconveniente en deducir, en vista de la parte

---

(42) Véase lo que poco más o menos dice Eiján en su obra «El País de Jesús» página 178.

que puso la cal, el clavo, el cuadro o la lámpara que a dicha parte correspondía el derecho al muro, a la pared, al altar, a la bóveda, etc. Así que, tolerar en silencio alguna de estas cosas, sigue diciendo el mismo autor, significaba ir perdiendo poco a poco terreno, hasta quedarse a las puertas de la Basílica, sin esperanza de volver a habitarla nunca».

Por lo dicho entre paréntesis se puede deducir la posición en que se nos colocarán los cismáticos con respecto a nuestros deseos. Ellos nos harían pasar muy malos ratos y con el ejemplo que darían de su tenacidad desanimarían a algunos, poco constantes, y pondrían en peligro el logro de nuestras aspiraciones.

No obstante, hay que reconocer que después de la muerte de los Zares que los protegían y amparaban, se encuentran en estado de decadencia. Rusia era la nación que de una manera particular defendía a los partidarios del cisma; bien a las claras nos lo expresó Pío VIII al decir, refiriéndose al estado lastimoso de los Santos Lugares: «nuestros mayores enemigos no son los turcos sino los rusos.» Pero hoy día en que dicha nación se encuentra revuelta por el bolcheviquismo no se preocupa para nada de la religión. ¿No es esta una ocasión propicia para hacer algo en el sentido de que venimos hablando? pues, aunque cuenta el cisma con el apoyo de algunos pueblos, faltándoles a estos su fuerza mayor (Rusia) poco podrán hacer.

También los mahometanos se nos pondrán de frente, porque sabido es que la suntuosa mezquita de Omar es el santuario más célebre del Islam, después del de la Meca; pero teniendo en cuenta la actual situación de Turquía y Arabia no infunden mayor temor, ni representan un obstáculo invencible, lo mismo que los hebreos que profesan el judaísmo, la mayor parte de los cuales andan errantes por todas las partes del mundo.

La misma Italia, quizás por el temor de que llegase un momento en que el Papa, robustecido y apoyado por los que lo consideran como el supremo Pastor, intentase apoderarse de sus antiguos estados, cuya capital era Roma, por esta causa, tal vez no viese con buenos ojos esta cruzada, pero dicho inconveniente quedaría solucionado con un convenio especial entre dicha nación y la Santa Sede.

Ahora bien, en el presente Año Santo de 1925 se ha visto claramente la multitud de personas adictas al Papa, que han acudido a Roma a recibir su bendición, dando de esta forma una terrible bofetada a los que no reconocen su autoridad y al mismo tiempo exitando con tan ejemplar conducta a retractarse a los que son víctimas de tan lamentable error.

El número de peregrinos fué tan numeroso que para contarlos habría que hacer gran acopio de paciencia, y si a este número uni-

mos el también numeroso de los que no pudieron ir, por serles materialmente imposible, resultaría una cifra bastante crecida.

El haber visto la infinidad de conversiones habidas en dicho año es suficiente para comprender que se avecina una época llena de esplendor y prosperidad para el papado.

Claramente hemos contemplado y de una manera muy clara hemos visto, al leer los periódicos y revistas católicas, principalmente los que a esto se dedican en especial, como «El Peregrino» (revista quincenal de Madrid), El Pellegrino (revista romana), Tierra Santa (revista mensual de la custodia franciscana en Jerusalem), etc., que son muchísimas las personas sumisas al Romano Pontífice.

Por lo tanto, aunque los enemigos son muchos, también los amigos lo son, y la victoria sería muy dudosa al no contar nosotros con la ayuda del Omnipotente. Y teniéndolo a El de nuestro lado ¿porqué temblar, hombres de poca fé? ¿no está El con nosotros? entónces ¿porqué temer? Yó soy, nos dice, El que trazo la dirección del rayo; El que le doy permiso al trueno para retumbar en el espacio; El que consiente que impetuosas olas, tan grandes como montañas, se alcen en el océano para convertirse en mansas aguas a mi más mínimo deseo: El que ata y desata a los vientos; El que resucita a los muertos, dá vista a los ciegos, oi lo a los sordos, habla a los mudos, inteligencia a los torpes, olfato a los que no lo tienen, salud a los que la han perdido, en una palabra, El que hace y deshace todas las cosas a su antojo y capricho.

Me dirás: «si en verdad quieres esta reforma, Tú que todo lo puedes ¿porqué no pronuncias una sola palabra y tu deseo se verificará?». Mas, ten muy en cuenta, hijo mío, que si obro así es porque quiero ver si amas a la tierra que yo amé tanto, que la escogí de todo el globo terráqueo para morada de mi pueblo, para cuna y sepulcro de mi Madre y para patria mía. Allí fué donde Yo pasé toda mi vida y donde te arranqué de las garras de Luzbel; allí fué donde Yo tanto sufrí y donde también, en medio de mis padecimientos, gozaba al pensar que iba a redimirte; allí es donde he dejado impresa la planta de mi pie; allí es donde todo te habla con sobrada elocuencia de Mí; aquel es mi país y el tuyo si eres cristiano; por lo tanto, ten muy presente, que estoy dispuesto a ayudarte si en mi nombre y con gran fé emprendes esta cruzada.

Después de oidas estas palabras ¿sobre qué pensamos? ¿qué es lo que nos retiene? ¿quién duda aún de nuestra victoria contando con la ayuda de Dios? nadie que sea católico y que tenga un poco de sentido común

Rogemos pues al Señor con mucha insistencia y pidámosle su protección para la tierra bendita con estas o parecidas palabras.

(43) *Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,  
A Vos acudo en mi dolor vehemente;  
Extended vuestro brazo omnipotente,  
Rasgad la Tierra Santa el velo odioso  
Y apartad ese sello ignominioso  
Con que el crimen ha manchado su frente.*

*Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,  
Vos sólo sois su defensor, Dios mío:  
Todo lo puede quien al mar sombrío  
Olas y peces dió, luz a los cielos,  
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,  
Vida a las plantas, movimiento al río.*

*Todo lo podéis Vos; todo fenece  
O se reanima a vuestra voz sagrada;  
Fuera de Vos, Señor, el todo es nada,  
Que en la insondable eternidad perece,  
Y aún esa misma nada os abedece,  
Pues de ella fué la Humanidad creada.*

\* \* \*

Algunos dirán ¿con qué tropas cuenta el Papa para la custodia y defensa de Tierra Santa? Aquí encontrarán muchos una gran dificultad, la cual desaparecerá, si tenemos presente, la infinidad de personas que, reconociendo su autoridad, estarían dispuestas a servirle con muchísimo placer.

Para que se organizaran las tropas pontificias tan sólo necesitaría el Papa golpear el suelo con la planta de su pie y al instante brotarían de la tierra inmensas legiones de fieles servidores que se

---

(43) Véase los versos últimos que compuso Gabriel de la Concepción Valdés, conocido generalmente por Plácido el Mulato, de los cuales cambio algunas palabras.



dejarían despedazar, si fuese necesario, en defensa de su soberano.

Además, cuando existían en Italia los Estados Pontificios, llegaron los Papas a tener las tropas necesarias para su defensa, lo cual nada tiene de particular que vuelva a repetirse, y si a esto unimos el constante y decidido auxilio de todas las naciones católicas en particular y de todos los católicos en general, resultaría que el Sumo Pontífice se encontraría en disposición de resistir y vencer cualquier tentativa de las naciones infieles. Porque, principalmente en sus comienzos, demás está decir, que sería indispensable la mencionada protección de todas las naciones católicas, la cual sería siempre muy conveniente.

(44) Véase a este propósito lo que dice Carulla: «Los que se figuran que Pío nono no pudo formar un ejército formidable, ni seguir por consecuencia resistiendo los embates feroces de la revolución impía, viven sin duda en un error que precisa desvanecer. No pocos se brindaban a enviar muchos voluntarios que ardían en deseos de verter su sangre por la causa sublime de la Iglesia. Llegaron también proposiciones de nuestro país, y pudiéramos referir el nombre de un valiente general que prometía organizar una legión española. Aflujan, por añadidura, de continuo a la Metrópoli, de todas las partes del mundo, jóvenes ardorosos que cifraban su mayor gloria en pertenecer al ejército pontificio.»

«Mas, Pío nono tenía un corazón sensible sobre todo encarecimiento. Nadie se formará idea exacta del dolor inmenso que le producía la consideración de que no pocos derramaban su sangre generosa en defensa de sus derechos. A veces le vieron todos verter lágrimas de ternura, y las hizo brotar en todos los que le rodeaban, pero ¡cuántas vertía también a solas que contemplaba únicamente Dios! Frecuentemente le visitaban los padres de los que habían sucumbido heroicamente en los campos de batalla. El *Padre espiritual*, que formaba el deliberado propósito de consolar al padre según la naturaleza, tenía precisión de ser consolado por este. En las apartadas habitaciones de la mansión pontificia los ángeles presenciaron entonces escenas conmovedoras y sublimes más dignas de Dios que de los hombres.»

«No se limitó Pío nono a orar y gemir por sus cruzados extintos, ni a disponer grandiosas exequias en su favor, ni a costear el insigne mausoleo de mármol que admiran cuantos visitan La Metrópoli augusta, ni, en fin, a establecer una fundación pía perpétua para subir más fácilmente al cielo a sus bravos defensores si es

---

(44) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice», página 170.

que no podían penetrar de un solo vuelo en el Empíreo. Quiso además poner término a la guerra, tomar, por decirlo así, la paciente actitud del Cordero de Dios, y dejarse morder por el lobo revolucionario, sabiendo positivamente que le diría «*de aquí no pasarás*» el mismo Señor que opone al furente mar el obstáculo invencible de un granito de arena »

\* \* \*

Tal vez a algún malicioso se le ocurra decir que el Papa no podría gobernar Tierra Santa desde Roma y que por lo tanto tendría que trasladarse a ella, lo cual el inteligente lector comprenderá que es un absurdo muy grande, y sinó abrámos la historia y veremos a Felipe II gobernando con mucho acierto desde Madrid sobre parte de América, que está a mayor distancia y también sobre algunas escondidas islas de la Océanía. El Cesar, en tiempos de Jesucristo ¿no imperaba desde la misma Roma sobre extensos dominios, entre los cuales se encontraba Tierra Santa? La misma Inglaterra ¿no la gobierna actualmente desde el más apartado extremo de Europa? Y qué decir de los emperadores Carlos I, Alejandro Magno, Napoleón, etc. ¿no dominaron sobre inmensas y lejanas tierras desde España, Grecia y Francia respectivamente. ¿Habrá todavía quien se atreva a decir que no puede ser gobernada, desde Roma, Tierra Santa? Acaso el Papa continuando en su residencia romana ¿no puede enviar representantes de toda su confianza que hagan sus veces y cumplan todas sus órdenes en la tierra bendita? Esto no hay necesidad de continuarlo discutiendo, porque es una cosa tan clara, que se necesitaría tener los ojos del topo para no verlo así.

\* \* \*

He aquí expresadas, con alguna rapidez, las principales dificultades con que tropezaremos. Existen también otras derivadas de estas y algunas más que fácilmente comprenderemos, las cuales no hay necesidad de expresarlas, por carecer de importancia, hasta el punto de que, en comparación con éstas, ni dificultades pueden llamarse.

Hemos visto que todos los obstáculos citados, a pesar de que algunos de ellos parecen imposible de exterminar, son sin embargo, aunque muy difícilmente, combatibles y vencibles con los medios de que disponemos para hacerlos desaparecer.

Así que, animémosnos y dispongámonos a hacerles frente,

formando nuestra católica cruzada, imposible de disiparse, por contar con la ayuda divina.

Y si el enemigo quiere hacernos resbalar y caer, demostrémosle una vez más, como buenos y valerosos guerreros, que nosotros no nos ahogamos en una sola gota de agua, sino que por el contrario, mientras más impedimentos se nos presenten menos aflojarémos y más tenaces serémos para estrechar el cerco cada vez más y más, sin temor a las balas enemigas, aunque silben con furia alrededor de nuestras frágiles cabezas. Entonémos nuestro canto de guerra y lancémosnos a la lucha presentando con desnudado nuestros pechos para que sirvan de escudo a nuestra bandera contra los desesperados y repetidos ataques de nuestros contrarios; conservando nuestros corazones unidos totalmente al cumplimiento de nuestro «*deber*»; y teniendo siempre por emblema «*luchar hasta vencer o morir.*»

Antes se cansaran nuestros enemigos de ponernos obstáculos que nosotros de contrarrestarlos; antes se desalentarán ellos que nosotros; antes se les agotarán a ellos sus argumentos para refutar nuestro propósito que a nosotros nuestros infinitos medios de defensa.

Volvámos otra vez a cederle el uso de la palabra a Carulla (las frases siguientes, aunque dichos con relación o otra cruzada, pueden también aplicarse a esta): (45) «Con todo: si bien reconocemos que la cruzada es muy difícil, librenos Dios de juzgarla imposible. Aú: humanamente hablando, es realizable; tenemos de ello una certidumbre invencible. Consideren nuestros lectores hasta qué punto nos lo parecerá contando con el favor del Dios de las batallas, que suele alegrar con estupendos triunfos a sus adalides, aún en los días más aciagos en que toda esperanza parece desvanecida»

En otro párrafo dice así: (46) «No debemos desistir. Nuestra propia pequeñez será un argumento más en favor de la cruzada, si se conduce a término feliz, resultando claramente obra de Dios, que se sirve con frecuencia de los hombres más débiles para las empresas más grandiosas. Menos nos debe detener el temor de no persuadir a los hombres de poca fé, que se maravillarán del presente libro o de disgustar a los amigos de la *holganza* o de promover las burlas y mofas innobles y descaradas de algunos *charlatanes y despreocupados.*»

---

(45) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice», página 177.

(46) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice», página 7.

Hemos hablado de una cruzada y ahora preguntamos ¿a quién o quiénes les corresponde el alto honor de tomar la iniciativa de ella? Con fuerza inusitada la respuesta se apresura a escapárse-nos de la boca. Y esta respuesta nos dice que la *raza latina* es la llamada a ello, por ser la raza verdaderamente católica, cuya lengua la Iglesia ha adoptado para sí.

Nadie ignora que dicha raza está formada principalmente por España, Portugal, Francia, Italia, Rumanía y los pueblos colonizados por dichas naciones. Véamos ahora la comprobación de que a la mencionada raza le corresponde la expresada iniciativa, por ser las naciones que la componen las más dignas y merecedoras, por su constante amor a Tierra Santa, de defender esta sagrada causa. Y si alguien lo duda que ponga atención a lo siguiente.

¿No es España la nación que, desde hace mucho tiempo, con sus copiosos donativos más ha contribuido a la defensa, protección y custodia de los Santos Lugares? Mirémos para convencernos la estadística de donativos que pone Eiján en la página 81 de uno de sus numerosos libros titulado «España en Tierra Santa». Cuyo resultado es que desde el año de 1.615 a 1.651 o sea en el espacio de 36 años, España envió a Tierra Santa limosnas por valor de 626.836 pesos, y el total de lo enviado por las demás naciones cristianas (entre las que se contaba: Francia que envió 15.451, Austria 3.144, Roma 1 859, Malta 300, Nápoles 1 996, Sicilia 6.053 y 21.352 de bolsillos particulares) sólo llegaba a la insignificantísima suma de 50.155 pesos castellanos. De cuya estadística se desprende que ella sola envió diez veces mayor cantidad que lo que Tierra Santa recibió de todas las demás naciones uniéndolo sus diversos donativos. Pone, en las páginas sucesivas, una infinidad de estadísticas semejantes a esta y que yo para no fatigar demasiado vuestra atención paso por alto. En todas ellas vemos, sin excepción, que España ocupa el primer lugar por sus limosnas, sin haber sido jamás superada, desde que los franciscanos moran allá, por ninguna otra nación.

Seguramente, lector, te extrañará muchísimo que recibiendo Tierra Santa tan gran cantidad de donativos, se halle en un estado tan deplorable; pero dicha extrañeza se te disipará si lees alguno de los infinitos libros en los que se relata la avaricia desmedida de los turcos y árabes, que no se hubieran contentado ni aún con todos los tesoros existentes en el mundo. Pues has de saber, que únicamente la codicia y el lucro consentían la estancia de los franciscanos en Tierra Santa, durante la dominación de los islamitas, los cuales vivían holgadamente a costa de los frailes, siendo con respecto a ellos una especie de sanguijuelas que les chupa-

ban, con viles y engañosos pretextos de protección y ayuda, las continuas y abundantes limosnas que estos recibían de las naciones católicas. Si así no hubiera sido, con plata y tal vez con oro se hubieran podido construir los santuarios de Palestina. Habiendo de esto dice Perinaldo: «España prodigó el dinero en tanta abundancia que hubiera podido formarse con él un río de oro». Sus soberanos dispusieron que nadie hiciera testamento sin consignar en él alguna manda piadosa para Tierra Santa, y uno de ellos, Felipe II, se ofreció a ser Procurador de los Santos Lugares, y otro, Felipe IV, escribió al Superior de Jerusalem: «para satisfacer vuestras necesidades estará siempre abierto mi real erario.»

Si bien es verdad que no pudo tomar parte muy activa en las expediciones militares organizadas por los cruzados en la Edad Media contra los súbditos de Saladino en Palestina, por tener una verdadera cruzada dentro de su propio país, que fué teatro, durante ocho siglos, de la sangrienta y encarnizada lucha entre moros y cristianos; también es muy cierto que, a pesar de todo esto, algunos reyes españoles, entre ellos Berenguer 2.º de Barcelona y Teobaldo 1.º y 2.º de Navarra, asistieron a las cruzadas, acompañando este último monarca a San Luis rey de Francia en las dos expediciones militares que llevó a cabo contra los infieles.

Además ¿no llevan nuestros reyes el honroso nombre de *Católicos*? ¿no lo heredaron con mucha justicia de sus antecesores? ¿no circula por sus venas sangre ardiente y apasionada en defensa de los Santos Lugares?

Y España ¿no es una nación *Católica*? ¿no somos *católicos* casi todos sus hijos? ¿existe acaso otra nación que en esto la sobrepuje? Ningún pueblo contiene, en la actualidad, tanto número de *católicos* como el nuestro, que puede sentirse muy orgulloso y satisfecho por batir el record en este importante asunto.

Y si en España desde el Rey hasta el último vasallo (salvo pequeñas y contadas excepciones) somos todos *católicos* y por lo tanto defensores del Papa ¿porqué no ha de ser esta una de las naciones que con su acostumbrada nobleza; nobleza que ha sido purificada desde remotos tiempos con la sangre de tantos mártires, la que durante tantos siglos fué instigadora para expulsar de nuestro suelo a los enemigos del cristianismo y la que aún persiguiendo a los hijos de Mahoma, se ha internado en el Africa ¿por qué, repito, no ha de tomar la noble España parte en la mencionada iniciativa?

Poco hace todavía que nuestro amado Monarca cruzó el Mediterráneo, en unión de su real familia y del que a la sazón tenía y tiene en la época presente en sus manos hábiles el gobierno de la nación (Primo de Rivera), para visitar al Romano Pontífice y rendirle vasallaje.

¡Qué ejemplo tan acreedor de ser imitado por todos los reyes y presidentes de las demás naciones! ¡Cuántas bendiciones no habrá derramado el cielo sobre tan buen proceder! ¡Cómo en toda España ha sido celebrado tan grandioso rasgo, propio tan sólo de un soberano español!

Quisiera tener en mis manos una copia íntegra del discurso pronunciado por Alfonso XIII ante el trono pontificio para reproducirlo, en cuyo discurso le dió a entender al Papa con bastante claridad, que la espada real estaría siempre dispuesta a proteger y defender, aún a costa de su propia vida, la existencia del Sucesor de San Pedro y la defensa de los Santos Lugares. Tiernas frases, que debieron sonar en sus oídos, cuál dulce bálsamo que suaviza las penas, más agradables que una música deleitosa, más armoniosas que el canto de algunos pajarillos y más sinceras que la sinceridad misma. Y ¿quién pone en duda el cumplimiento de tales palabras, si fuese necesario cumplirlas? Nadie que sea español y que conozca el temple de alma de nuestro valiente Monarca.

¿Cuál fué el verdadero pensamiento de Cristóbal Colón al querer descubrir un camino más corto para llegar a las Indias? ¿No fué acaso el de emplear todo el abundante oro de aquellas tierras para la conquista de Tierra Santa? ¿No era su deseo adquirir el dinero suficiente para rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles?

El Cardenal Cisneros ¿cuántos recursos de su habilísima diplomacia no empleó para llevar a la Palestina a los héroes victoriosos de la reconquista? ¿cuánto no trabajó con el propósito de organizar una cruzada? ¿cuánto no se desveló para que Tierra Santa dejase de caminar por el triste cautiverio a que se encuentra sometida?

Y no se puede hablar de España sin decir algo de sus antiguas colonias. La América española y las islas filipinas ¿acaso no le darían la mano a una empresa iniciada por su misma raza y entre cuyas naciones se encuentra la madre patria? Al hablar de España hablo también de sus hijas predilectas y todo lo que con respecto a ella he dicho pueden asimilárselo también nuestros hermanos del otro lado del Atlántico y los que moran en las aguas del Pacífico.

*Portugal* ¿no profesa la religión católica? ¿adónde vá España que no la acompañe su nación hermana, nacida en la misma cuna ibérica? ¿no estuvo la historia de ambos países unida durante una buena etapa de tiempo? ¿no consideramos a Portugal como una región española, con distinto dialecto, de la cual moralmente siempre estamos unidos y materialmente apenas nos separa la línea divisoria de una frontera? ¿quién que sea español no mira con cariño la tierra portuguesa? Por todo este cúmulo de circunstancias,

que guardan entre sí las dos naciones hermanas, hago extensivo a Portugal casi todo lo que he dicho con respecto a España.

Y al hablar de Portugal no podemos por menos de nombrar al Brasil, colonizado por ella, que tuvo soberanos tan generosos que recibieron el título de «*bienechores insignes de Tierra Santa*».

Basta con lo dicho con relación a España y Portugal; digámos ahora algo relacionado con Francia:

En el año 1.848, Francia, queriendo demostrar que no en balde tenía el título de «*Protectora de los Santos Lugares*», intentó poner coto a las exigencias de los cismáticos y obligarles a restituir lo que le habían usurpado a los latinos, poniendo para lograrlo, en juego, todas sus influencias. Mas, cuando el triunfo se avecinaba y todo daba a entender que se iba a conseguir lo deseado, surge Rusia y solicita con marcadísima insistencia todo lo contrario de lo que Francia buscaba, y lo consigue, porque como dice Eiján: «los turcos veían dirigidas ya hacia Constantinopla las bocas de los cañones moscovitas.» Y aunque en la guerra de Crimea, promovida por esta causa, fué Rusia vencida por su enemiga, sin embargo, el tratado de Berlín de 1878 protegió todos los deseos del imperio de los Zares en perjuicio de las aspiraciones de Francia, resultando, por lo dicho, inútil y completamente estéril la guerra sostenida por los franceses contra los rusos, que hundió en las aguas del mar a dos poderosas escuadras y llenó los campos de cadáveres insepultos, que produjeron dolorosas epidemias, muy frecuentes en el Oriente por la falta de higiene.

¿Qué nación suministró más hombres a la grandiosa epopeya de las cruzadas? ¿acaso no fué Francia? ¿no fué de la sangre cristiana la francesa la que más corrió por los campos orientales? Hasta tal punto se ha considerado a los franceses como los principales héroes de las cruzadas que el célebre historiador Bougars no ha tenido ningún reparo en llamar a las cruzadas: «*Gesta Dei per Francos*». Y en verdad en todas ellas tuvieron los hijos de Francia hermosísima representación, y cuando Europa se resignaba a la pérdida de Tierra Santa, aún nacían en Francia bravos guerreros que a los órdenes de su piadoso monarca *Luis IX*, que actualmente ocupa un lugar en los altares, se lanzaban a organizar y llevar a efecto las dos últimas cruzadas en las que tantas e inolvidables proezas hicieron y tantas pruebas de valor y abnegación nos dieron.

Por tan insignes méritos y otros más, parecidos a los mencionados y que yo para no hacerlos demasiado extensa esta obra creo que debo suprimir, muy justo es que ostente el honroso título de «*Protectora de los Santos Lugares*».

¡Y qué deciros de Italia, la nación en la cual está la cabeza visible de la Iglesia Católica; la nación que tiene por capital a la

«*Ciudad Eterna*»; la nación incapaz de negar su concurso a todo lo que redunde en beneficio de Tierra Santa!

Bien es verdad que no existe la deseada amistad entre el *Vaticano* y el actual *Facismo*, pero también es muy cierto que las relaciones entre ambos se van estrechando cada vez más y más, lo que hace suponer que no está lejano el día en que se den un inevitable y apretado abrazo.

Dicha nación lavaría la mancha que pesa sobre su historia por haberle arrebatado, en el pasado siglo al Papa, los Estados Pontificios y quizás si su arrojo y protección, a favor de esta cruzada, fuera tal que ninguna otra nación la superase, pudiera darse el caso de que, en compensación a su sacrificio y por el bien que reportaría a la humanidad católica, fuese completamente perdonada por el Papa del ultraje pasado, iniciándose entónces en ella una nueva época de esplendor tal que nos hiciese recordar a la antigua y poderosa Roma. (Véase la nota 47 que es muy importante).

Nos queda Rumanía. Poco, por desgracia, podemos esperar de ella. Es la única nación latina que ha renegado de sus antiguas creencias y camina precipitadamente hacia su ruina moral en los brazos del cisma. Lamentable es su actual situación, pero sirvan de lenitivo el saber que aún se oye en ella, aunque moribundo, el continuo aleteo de las oraciones de nobles generaciones que han conservado las verdaderas creencias de sus antepasados.

Decidme pues ¿no le corresponde a la raza latina esta iniciativa? ¿hay por ventura otra raza que pueda alegar méritos más satisfactorios que los que esta podría nombrar? ¿qué raza es más digna que la latina para defender los sagrados derechos del Papa y de Tierra Santa?

Y las demás naciones católicas ¿negarían su ayuda? No habían los reyes de Austria conquistado con su afecto hacia la tierra bendita el título de «*Defensores del Santo Sepulcro*». Polonia ¿no ha sido nombrada «*Nación tutelar de Palestina*». Y Bélgica, Alemania, Holanda, etc ¿no son deudoras también a hermosos títulos?

Y todas estas naciones católicas secundando, o mejor dicho, tomando juntamente con las naciones latinas la iniciativa de una cruzada tan necesaria para ensanchar los estrechos límites de

---

(47) No pretendo, de ninguna manera, demostrar o hacer ver que los Estados Pontificios deben de fundarse en Tierra Santa y no donde antiguamente existieron. Líbreme Dios de tal cosa, porque meterme en eso sería meterme en camisa de once varas. Tan sólo el Papa es quién podría decidir algo sobre eso, pero el hacerlo cualquier otra persona sería un atrevimiento inaudito y quizás una profanación. Únicamente lo que busco es una manera satisfactoria para, a ser posible, solucionar favorablemente este asunto. Esta nota tal vez esté demás, empero la pongo para evitar falsas interpretaciones.



nuestra religión ¿acaso no conseguirían el fruto deseado? ¿no lograrían sus esfuerzos la realización de nuestras esperanza? ¿teme alguno que se perdería el tiempo? nó, antes por el contrario, se aprovecharía muchísimo y quedaríamos satisfechísimos del resultado, siempre y cuando se trabaje con espíritu cristiano y con la confianza puesta, no en nosotros mismos, sino en Dios.

\* \* \*

«*Dios lo quiere*». Este grito ha vuelto a sonar y el eco lo ha transmitido, dejándolo al pasar impreso en mis oídos.

A este solo grito, en el siglo XI, Europa entera se lanzó al Asia para conquistar el país de los cristianos, y ahora, una vez que dicho grito se ha vuelto a repetir ¿no se lanzarán los verdaderamente católicos a protegerlo y patrocinarlo? ¿no defenderán los cristianos a su verdadera patria? ¿sereis traidores o cobardes? ¿qué calificativo quereis? ¿habeis desertado ya de llevar con sumo orgullo el estandarte de la cruz? ¿no os causa remordimiento tanto abandono y dejadez?

Y que esta es voluntad divina no hay que ponerlo en duda, teniendo en cuenta que no existe manera otra mejor para solucionar este asunto, favoreciendo a la religión católica.

¡Muchas son las personas que podrían contribuir a conseguir nuestro fin! ¿porque no lo hacen? lo ignoramos, no obstante es fácil suponerlo; unos por pereza y otros por temor a la crítica rigurosa y despiadada de nuestros enemigos. ¡Cuántas cosas me dan ganas de decirles y aún me quedaría corto! ¿Porqué sois tan perezosos y porqué ese temor tan infundado? Abandonémos tales cobardías y temores ridículos, dejémos de una vez a un lado esos escrúpulos tontos y esas vacilaciones afrentosas, decidamosnos a obedecer dicha voz o ¿es qué esperamos a que el mencionado grito vuelva a repetirse una vez más? ¿no lo habeis oido ya?

¿Acaso Pedro el Ermitaño esperó a oírlo? Y Godofredo de Bouillón, Tancredo, Balduino de Flandes, San Bernardo, el Papa Urbano II, Ricardo *Corazón de León* (rey de Inglaterra), Federico *Barbarroja* (rey de Alemania), Felipe Augusto (rey de Francia), Andrés II de Hungría, San Luis rey de Francia y nuestros reyes Berenguer II de Barcelona y Teobaldo I y II de Navarra ¿necesitaron que alguien los alentase para llevar a cabo una empresa, en la que sus claras inteligencias y su grandísima fé les daba a conocer la voluntad de Dios.

Y puesto que es Díos quién lo quiere seamos obedientes y acatemos su santo designio; esforcémosnos por seguir, al pie de la letra, el plano que nos ha trazado y cumplamos su santa voluntad,

que El algún día nos lo pagará con creces, y mientras tanto nos dará la satisfacción angelical que todos experimentamos al cometer una buena obra.

No esperemos a que sea el Pontífice quien nos anime, perdería muchísimo nuestro mérito, pues es preferible que salga de nosotros la iniciativa y que llenos de amor la presentemos a la aprobación del Padre Santo con estas no parecidas palabras.

(48) «Santísimo Padre:

Dígnese Vuestra Excelsitud pregonar la nueva *cruzada* y bendecirla. Comprendemos que a su corazón paternal le repugne pedir a los católicos del mundo más sacrificios; pero realmente Vuestra Beatitud no los solicita: son sus hijos los que se ofrecen con el mayor gusto, bien penetrados de que padecer y aún morir por la Iglesia es ganar el cielo, etc.» y al final podríamos añadir: «Hablad, Santísimo Padre, que vuestros hijos atentamente os escuchan.»

\* \* \*

Tomémos «El País de Jesús» por Eiján, abrámoslo en la página 34 y leeremos: «No os negaré que el pueblo escogido aliente aún la esperanza de volver a ver lucir sus antiguos días de gloria. Más todavía; si los medios humanos sirven de instrumentos inconscientes a los planes de la Providencia, yo creo que ese tiempo llegará y que tal vez no esté tan lejano como creemos el día en que termine para Israel la expiación de su horrendo crimen»

En la página siguiente dice: «Cumpliránse, sí, estas consoladoras predicciones: Israel, esparcido por la ira del Todopoderoso sobre los ángulos del mundo, volverá a ser atraído por el imán de su infinita clemencia; y su tierra, que parece esperar el regreso de sus antiguos moradores para cubrirse de nuevo con el manto de una vegetación feracísima, tornará entonces a convertirse en manantial inagotable de leche y miel, en la más feliz y gloriosa de las naciones».

Por último, en la página 37 añade: «Pero si los medios humanos van preparando el fin, este fin glorioso se lo reserva Dios para sí mismo; Dios será quien corone su propia obra. Lo que a nosotros nos parece poco menos que imposible, puede muy bien hacerlo el que tiene en sus manos los recursos de la omnipotencia»

---

(48) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice» por Carulla, página 193 (palabras que, aunque dichas con relación a otra cruzada, se pueden aplicar a esta).

Ahora bien ¿no será quizás esta la época destinada para el regreso del pueblo escogido a Tierra Santa? Nos dice Eiján que es muy posible que esté ya cercano ese día, ¿no será la formación de los Estados Pontificios en Tierra Santa el principio de esa nueva vida en que la Palestina volverá a producir leche y miel? Dice que Dios coronará su propia obra ¿y qué manera mejor para coronarla existe que colocando la corona real de aquellos lugares en la cabeza de su representante en la tierra?

Tengamos esperanza y confiemos en que más pronto de lo que creemos se cumplirán los deseos de Eiján y finalizaremos nuestra empresa.

\* \* \*

El sentimiento religioso era tal en la Edad Media que en vista de los continuos fracasos de las cruzadas, acreditóse en toda Europa la opinión de que tan solo una cruzada de inocentes niños sería la única capaz de conquistar Tierra Santa, considerando que los hombres no podrían hacerlo por haber caído alguna vez en pecado, y entonces dos rapazuelos llamados Esteban y Nicolás empezaron a predicar una cruzada infantil que llegó a formarse con millares de niños y marchó a Palestina al mando de Estefanillo, no dando resultado alguno; y es que Tierra Santa no soporta un rey por muy piadoso que este sea sino que quiere por rey al mismo Dios o a quien en este mundo haga sus veces.

Era aquella una época en que a pesar del amor que una madre siente por su hijo, cuando recibía la *grata* nueva de que había muerto en la cruzada al pié del Calvario (luchando con la *Cruz* en la mano contra la *Media Luna* y confundiendo su sangre con la tierra que empapó la de Aquel que en el mismo lugar dió su vida por nosotros; al cual agradecido le paga con la misma moneda, dando su vida por El) sus ojos se inundaban de lágrimas, pero no lágrimas de dolor sino de gozo, porque en vez de ser la madre de un simple mortal, era la madre de un *héroe*, de un *mártir*, tal vez de un *santo*.

Hubo esposas que después de cerrar los ojos de sus respectivos maridos, muertos en las cruzadas, llenas de santo orgullo entonaban el *Te-Deum*. Y casos parecidos a los dichos ocurrieron tantos que si los quisiese narrar todos tendría que agotar gran cantidad de papel con temor de agotar también vuestra paciencia en escucharlos.

Y hoy día en que no se exigen tantos ni tan grandes sacrificios, sino hechos que en comparación de los dichos ni siquiera sacrificios pueden llamarse; porque tan sólo se pide que cada cual, en la medida de sus propias fuerzas, contribuya a que Tierra San-

ta ocupe el lugar que le pertenece. Hoy que vemos el abandono tan grande en que está sumida esa provincia bañada por el mismo mar que baña las costas orientales de España. Hoy en que la nueva *Sociedad de Naciones* tanto discute y se preocupa por el porvenir de todos los pueblos ¿no se le dará a este pequeño país el lugar que le pertenece?

En el célebre poema «*El Guante del Degollado*», su autor, Víctor Balaguer, pone en los labios de Conradino las siguientes palabras, en el momento de arrojar su guante desde las gradas del cadalso:

*«Si existe por el mundo un caballero  
que mi afrentosa muerte vengar quieta,  
que aquel mi guante a recoger se apreste.»*

y cuenta la historia que un caballero napolitano, llamado Juan de Prócida, se apresuró a recogerlo y se lo llevó a Pedro III el Grande, rey de Aragón, que como pariente más cercano vengó aquella muerte. Dicho autor hace hablar a Juan de Prócida en estos términos:

*«Yo soy aquel que recogió su guante,  
y aquel yo soy también de quien se dice  
que, cual fiera sedienta, embrutecida,  
caí sobre aquel tronco sin cabeza,  
bebiendo a sorbos su caliente sangre,  
para ver si, a lo menos, adquiría  
con su sangre el valor que me faltaba.»*

Pues bien: Tierra Santa, a semejanza de Conradino, lanza a todos y cada uno de nosotros las siguientes palabras:

*«Si existe por el mundo un católico  
que mi triste vida remediar quiera,  
que aquel mi causa a defender se apreste.»*

Ahora bien: ¿habrá alguien que a imitación de Juan de Prócida recoja el *guante sagrado* y se lo entregue a *quien* o *quienes* deben defender principalmente esta santa causa? Ya veremos, esperemos los acontecimientos, el tiempo hablará.

Me diréis, con muchísima razón: «¿Aquél espíritu cristiano de los tiempos medievales existe en nuestros días? ¿por ventura nuestra sociedad conserva con aquella pureza caballeresca de antaño las tradiciones bíblicas? ¿es qué a fieles de *nombre*, pero infieles de *hecho*, puede pedírsele protección y ayuda?»

«Triste empeño, vana esperanza, desengaño seguro. Pídele al tigre que refresque tus labios llenos de sed y verás lo que te ocurre; intenta que un muerto hable y a buen seguro que te dará una gran conferencia; suplícale a la hiel que se muestre sabrosa en tus labios, cual rico panal de miel, y veo muy difícil que lo gres convencerla; dile a la zarza que cambie sus agudas espinas por blancas azucenas y perderás el tiempo; pretende introducir toda el agua del mar en un hoyo por muy grande que este sea y se reirán de tí; procura hacer hablar a las bestias y te tomarán por loco.»

«Pues mucho más fácil es cualquiera de estas cosas que no que nuestra corrompida Humanidad se sacrifique en pró de un bello ideal. Ella acompaña a Jesucristo en el monte Tabor, pero no quiere acompañarlo en el monte Calvario. Ella gusta de los misterios gozosos, pero no de los dolorosos, Ella ansia disfrutar, pero no sufrir, aún cuando dicho sufrimiento sea muy insignificante. Ofrécele tan sólo unos instantes de placer y los aceptará, a pesar de que las dolorosas consecuencias vengan enseguida; pero preséntale breves momentos de dolor y los rechazará aunque los vea compensados enseguida por agradables y felices desenlaces.»

Oído todo esto me asalta la sospecha de si estaré clamando en medio de un desierto, en que mi voz se pierde en el espacio, sin tener el consuelo de ser oída, aún cuando el eco la repitiese por doquier. Pero nó, alguno es indudable que lleno de benevolencia la oirá, y quién sabe si atenderá, con marcadísima solicitud, el proyecto por el cual dicha voz ha salido de mí ya seca garganta.

Si San Luis rey de Francia se nos apareciese ¡cuántas cosas nos diría, cuántos reproches bien merecidos nos dirigiría y cómo nos echaría en cara nuestro mal proceder, olvidando hasta el recuerdo de la tierra que constituyó la preocupación de casi toda su vida y que en un mismo lecho de muerte pronunciaba!

¡Cuánto le dolería a todos los héroes de las cruzadas, si saliendo de sus tumbas donde duermen el sueño eterno, pudiesen ver, aunque sólo fuese unos momentos, la presente vida de Tierra Santa!

¡Tasso! ¿para qué escribistes tu inmortal *poema*? ¿no ves que nadie se preocupa de leer tus hermosos versos? ¡Barnabé Meis-

termann! ¿porqué compusistes tu célebre *guía*? ¿no ves que el cristiano no se preocupa para nada de visitar a su patria? ¡Áracil, Mmbert, Eiján, Lamartine, Queiroz, Gómez Carrillo, Chateaubriand, Lotí, padres franciscanos en general, etc., etc. ; ¿porqué tanto afán para dar a conocer la tierra bendita? ¿no veis que vuestros libros yacen cubiertos de polvo dentro de los escaparates de tantas librerías?

\* \* \*

¡Oh triste, falaz y fugaz vida humana! que como dijo el poeta: «no eres más que sombra vana que aún no bien vista desaparece». O como dijo Calderón de la Barba: «toda la vida es un sueño y los sueños, sueños son». También muy a las claras nos dicen lo poco que valemos los siguientes versos de Homero:

*«¿Qué sois, mortales? Hojas que en estáo,  
Desde la copa que se eleva al cielo,  
Cubris la tierra con dosel sombrío  
Y al peregrino errante dais consuelo;  
Pero los soplos del noviembre frío  
Os barrerún, ya secas, por el suelo,  
Y cuando fuereis pasto de la llama,  
Con nuevas hojas se ornará la rama».*

Cuando el sultán Saladino, que conquistó en el Asia tantos reinos, murió, uno de sus soldados llevaba delante del féretro, la túnica interior del muerto exclamando: «*He aquí todo lo que Saladino lleva al sepulcro.*» (49). Y algo semejante será también lo único que cada uno de nosotros habremos de llevar.

Felipe II, rey de España, estando a punto de morir, llamó a su hijo, y alzando el manto real con que se cubría, mostróle el pecho ya roído por los gusanos, y le dijo: «*Mirad, príncipe, cómo se muere y cómo acaban todas las grandezas de este mundo.*» (50).

«*Memento, homo, pulvis es et in pulverem reverteris*» es la frase fúnebre que oímos pronunciar el miércoles de ceniza, después de las orgías de los tres días de carnaval, a multitud de per-

---

(49) Véase «Preparación para la muerte» por San Alfonso María de Ligorio, página 17.

(50) Véase «Preparación para la muerte» por San Alfonso María de Ligorio, página 19 y punto II.

sonas desengañadas de lo que la vida es. Frase que sería más que suficiente para amedrentarnos y hacernos defallecer a poco que, con la debida alma y atención, meditásemos sobre ella.

Pero la Humanidad en nada de esto se fija y por eso con loco frenesí lleva a sus labios y apura hasta el fondo la copa del sabroso licor y busca con indescriptible entusiasmo todo aquello que le ha de dar pompa y esplendor ¡A cuántos el fantasma del *placer* y de la gloria se les habrá aparecido en sueños y a cuántos les habrá quitado dicho sueño, mostrándose en sus calenturientas imaginaciones en sus largas e interminables noches de crudo y atormentador desvelo! Y locos, errantes, vagabundos, corren, embriagados por el ansia de disfrutar y recibir honores, tras visiones ilusionarias y castillos, muchas veces coustruídos en los aires, y afanosos hacen al mundo cruda guerra, y todo esto ¿para qué? «*para conquistar un foso de siete palmos de tierra.*»

Pero dejémosnos nosotros de tales ilusiones, teniendo también presente los siguientes versos de un poeta, del cual no recuerdo el nombre en estos momentos:

*«En vano mortal te afanas,  
Víctima de tu ilusión,  
En correr tras sombras vanas,  
Y en gozar glorias mundanas,  
De efímera duración.  
Una mano descarnada,  
Arrebata a los mortales,  
Que convertidos en nada,  
Arriban a una morada,  
Donde todos son iguales.»*

O estos otros de Calderón de la Barca:

*¡«Oh tú, que estás sepultado  
en el sueño del olvido,  
si para tu bien dormido,  
para tu mal desvelado!  
«deja el letargo pesado;  
despierta un poco, y advierte  
que no es bien que desa suerte*

duerma, y haga lo que hace,  
quién está desde que nace  
en los brazos de la muerte».

---

*«¿De qué te sirve anhelar  
por tener y más tener,  
si eso en tu muerte ha de ser  
fiscal que te ha de acusar?  
Todo acá se ha de quedar,  
y pues no hay más que adquirir  
en la vida que el morir;  
la tuya rije de modo,  
pues está en tu mano todo,  
que mueras para vivir.»*

---

*«¿En qué piensas o a que aspiras  
cuando tras tu gusto vas?  
Si lo alcanzas ¿qué tendrás?  
¡Contra tí mismo conspiras!  
Si es que adelante no miras,  
mira la vida pasada:  
que si en tan corta jornada,  
lo más pasa de esa suerte,  
hasta llegar a la muerte,  
¿qué te queda? Poco o nada».*

Y ya que tan efimera es nuestra existencia, ya que tan corta es nuestra vida, ya que tan escaso es el tiempo que estamos en este mundo ¿porqué no aprovechamos los actuales momentos para hacer aquello que quisieramos haber hecho en el instante de morir? Hagámos, pues, propaganda en todo momento, y demos vida a esta idea. Hoy que tantas son las peregrinaciones que allá van, es cuando es necesario remover este asunto. No hay más remedio que obrar con urgencia dado lo corta de nuestra existencia y la gran necesidad de hacerlo así.



Unámonos todos a esta gran manifestación de fé católica con entusiasmo, con energía y con actividad, para que teniendo presente el proverbio que dice que «*la unión hace la fuerza*» formemos una gran cruzada que llena de vigor, fortaleza y buena voluntad emprenda una urgente y verdadera campaña con el objeto especificado. Y habiéndose visto y palpado en mis toscas y mal escritas palabras que esto constituye una verdadera necesidad, y al mismo tiempo sabiendo que este es el deseo común de todos los católicos, esforcémosnos para que cuanto antes se convierta en realidad el anhelo de todos los cristianos que no olvidan ni un solo momento a su querida patria.

No hay que dudarle un momento más. Toda la Humanidad Católica nos prestará su eficaz ayuda y cada cual contribuirá, en la medida de sus propias fuerzas, a la realización de esta cruzada, cuyo fin acabo de explicar en pocas aunque mal hilvanadas frases.

«¡No creais ni supongais que lo dicho no es más que fruto o delirio de una imaginación que, exaltada por ferviente celo, cree encontrar poderosos argumentos en lo que está muy lejos de serlo!» os repito con Plá y Deniel.

No seas, pues, indiferente, ni mucho menos luches contra esta cruzada si no quieres que Dios te dirija a ti, la misma frase que *Cesar* dirigió a *Bruto* ¡«*Tu también, hijo mío!*»! o aquella otra que el *Señor* dijo a Santo, cuando iba, con perversos fines para los cristianos, camino de Damasco «*¿Porqué me persigues?*» Pero si te empeñas en hacernos la guerra, ten en cuenta que es completamente inútil «*dar coques contra el aguijón*».

Invito, pues, a todos los católicos, a que me sigan y me ayuden en esta empresa y rehuso la ayuda de todos los hipócritas, repitiendo las mismas palabras de *Carulla* (51): «No sólo no invitamos a las personas indicadas, sino que las excluimos, por nuestra parte, de la cruzada, sin contemplaciones de ninguna especie. ¡Afuera, pues, los mundanos! ¡Afuera los que no se distinguen por su espíritu verdaderamente católico y evangélico! ¡Afuera los que no marchan resueltamente por los caminos saludables, pero estrechos, de la virtud y del honor verdadero! ¡Afuera los que malamente figuran en nuestro campo y debían engrosar las filas del enemigo! ¡Afuera los que, ya en ocasiones semejantes, apestaron los campamentos de los leales, hicieron que los mejores depusiesen las armas, esterilizaron sacrificios heroicos de todas clases, atraieron la maldición de Dios, ocasionaron una catástrofe horrenda con daño notorio de la religión y de la patria, e impidieron la obra gigau-

---

(51) Véase «Necesidad de una cruzada para la liberación del Sumo Pontífice» por D. José Carulla, páginas 216 y 217, notas 4 y 5.

tezca de los llamados por Dios a destruir el edificio corrompido y a levantar sobre sus ruinas el majestuoso de la civilización católica!»

«Han de pertenecer a la cruzada exclusivamente personas de ideas y sentimientos católicos, que ajusten sus obras a lo que hablan o escriben. Han de pertenecer a la cruzada exclusivamente las personas humildes, bien penetradas de que, sin la visible protección de Dios, de nada sirve la voluntad más poderosa, la elocuencia más sublime, la actividad más admirable y el talento más privilegiado, que viene a ser como la mejor hoja toledana sin puño, que hiere al mismo que la maneja en lugar de ofender al adversario. Han de pertenecer a la cruzada exclusivamente los que con frecuencia reciben al Cordero celeste, único que, lo volveremos a decir, engendra leones. Han de pertenecer a la cruzada exclusivamente los persuadidos de que antes que el *Rey* está el *Pontífice* y antes que la *patria* la *iglesia*. Han de pertenecer a la cruzada exclusivamente los que saben que los santos mucho más que los sabios ha conseguido salvar a los pueblos en las grandes crisis que atravesaron en el transcurso de las edades. Han de pertenecer exclusivamente a la cruzada, en fin, los que, sin olvidar que «a Dios rogando y con el mazo dando», impetran, sobre todo, la protección del Señor de los ejércitos, de la Virgen de las Victorias, de San Miguel, de las milicias angélicas y de Santiago, patrón de España. A todos los demás los regalamos gustosos a quien los quiera, por menos de un maravedí, y añadimos millares de gracias sincerísimas al que los tome, porque nos libra de rémoras o estorbos.»

\*  
\* \* \*

Me lamento en gran manera, por no poder decir con letras lo que mi alma siente, ni tampoco las palabras son capaces de explicar lo que pasa por mí. Verdaderamente ahora comprendo cuán cierto es que hay muchas cosas que se sienten, pero las cuales lo mismo la lengua que el lápiz se niegan a expresar.

Si así no fuera ¡cuántas cosas yo diría con todo el fogoso entusiasmo de una ardiente pasión!

¡Oh Tierra Santa, cuántas cosas significa para el mundo entero y muy especialmente para los que tienen la dicha de llamarse cristianos!

¡Tú, que has visto a todos los pueblos inclinarse ante tí, como el esclavo se inclina reverente ante su señor; Tú, que has tenido en tu seno a la *Sagrada Familia*, cuyo solo nombre basta para inmortalizarte en las páginas de la historia; Tú, que has sido la tierra elegida por Jesucristo para su vida, pasión y muerte! ¿po-

drás permanecer indiferente ante los que se sacrifican por tí y trabajan desinteresadamente para conseguirte un porvenir próspero y feliz?

¡Tierra Santa, tu nombre jamás se borrará de la mente del creyente; Tú verás el morir de otros países muy célebres en la historia, pero Tú jamás morirás! ¡Vivirás en la mente del que ha sido lavado con las aguas del bautismo, vivirás en la página de los libros, la pluma de los escritores pondrán tu nombre sobre el papel, vivirás en la boca de los oradores sagrados y profanos, que con gran placer te pronunciarán! ¿pero morir? Tú no puedes morir; porque aún cuando te convirtieses en ruínas, ¡vivirías entre las piedras que formarían tus escombros, en la ceniza esparcida sobre tu suelo, en el suave regazo de las olas que dulcemente van a morir a tus playas!

La memoria de tu nombre no podrá jamás borrarse de la historia, el recuerdo de tus mártires es imposible que desaparezca, tu grandeza pasada no la podrán ocultar ni mucho menos extinguir tus enemigos. El que no te conozca y te admire no es digno de llamarse culto ni de vivir en la sociedad.

¡Tierra Santa, conserva tu honor, recupera tu grandeza y poderío, levanta tu cabeza y no seas ingrata a la merced que Dios te ha hecho, escogiéndote para morada de su pueblo, merced que ha negado a todas las demás naciones, e inclínate reverente ante El y recibe su bendición que te dará la paz y la felicidad por tí tan anhelada! Dichosa Tú si así lo haces.

\* \* \*

Yo quisiera tener la elocuencia de Cicerón para defender esta causa; yo desearía tener la agilidad manual de Lope de Vega para amparar este tema; yo ambicionaría ser Murillo para trasladar al lienzo el hermoso panorama palestino; ojalá supiera manejar la lira para arrancarle a las cuerdas música que animara, diera vida y protegiera nuestra empresa; cuanto siento no tener la voz de Caruso para cantar en defensa de nuestro ideal; como envidio al poeta que en hermosos versos sabe embellecer y animar aún lo que parece triste y desanimado; me da pena no poseer el ardor bélico de Godofredo de Bouillon, que con sus arengas movió a millares de seres a conquistar el país de sus ensueños; y cuantas noches reclinado en mi lecho lloro por no poseer la santidad de Pedro el Ermitaño para convencer y arrastrar tras de mí a los que me escuchan. Pero me resigno, tendré paciencia, me conformaré con la voluntad de Dios, aún cuando constantemente le pido que me de un poco de habilidad, en alguna de estas cosas, para defender esta causa suya.

Quisiera infundiros valor para no desfallecer ante el enemigo; quisiera contagiaros con el ardiente entusiasmo de que me hallo poseído para que alimentéis en vuestros pechos este irresistible deseo; quisiera que mi pluma os dijera con palabras exactas lo que deciros quiero; pero no puedo, porque cuando quiero hacerlo así, la sangre corre por mis venas con velocidad inusitada, el corazón me late con violencia y mi pluma despedaza sin compasión el papel, destrozándome lo ya escrito; vuelvo a empezar de nuevo y vuélveme a ocurrir lo mismo; intento hacerlo por tercera vez y al fin las cuartillas rasgadas y la pluma destrozada, me dan a entender que existen cosas que se saben sentir, pero que ni aún los sabios pueden definir (cuánto menos yo que no lo soy).

Esta ha sido la causa de que no haya sabido hablaros con más convincentes y ardientes palabras, y este será el motivo por el cual, no habiendo podido convenceros, muchos de vosotros os reíreis y mofareis de estas pobres líneas que el papel se ha dignado soportar y la punta afilada de la pluma no ha querido rasgar. Pues bien, mofaos, burlaos, reiros de mí; pegadme si así lo queréis (os diré como el vencedor de Salamina) pero escuchadme. Creo no obstante haber hecho todo lo que me ha sido posible para indicar lo que plumas no tan malas como la mía se encargarán de defender con valentía.

No quiero finalizar este librito sin dirigiros una pequeña arenga que os servirá quizás de algún estímulo, ¿pero que arenga puedo yo dirigiros, si apenas sé hablar, balbuciendo todavía las palabras? Es lógico y natural que arengue un general a sus tropas, un jefe a sus subordinados y un párroco a sus feligreses; pero yó, pobre y misero de mí, que valgo muchísimo menos que el que menos valga de todos vosotros; yo, que soy el primero en comprender que el barro de que está formado mi cuerpo no vale ni siquiera un comino; yo, que «*sólo sé que no sé nada*», ¿podré atreverme a dirigiros una arenga por muy diminuta que esta sea? de sobra se que nó, pero espero que no os enojareis conmigo y que perdonareis a este atrevido su gran osadía.

Ya que os he pedido permiso y que supongo que vuestra exquisita amabilidad no me lo habrá negado, voy a hacerlo; pero he aquí que tropiezo con una gran dificultad ¿cuál es?, pues francamente, que no se arengaros; entonces ¿qué hacer? pues no me queda más remedio que desistir. No obstante, antes de dejar la pluma, quiero deciros a vosotros, cristianos que me escucháis con tanta paciencia, dos palabras animosas que sean el punto final de esta obrita y que a semejanza de las pronunciadas por nuestro valiente general Prim, en la batalla de los Castillejos, os infundan las dosis de valor que todo buen creyente de la Iglesia Romana debe tener para poder vencer lo mismo que él venció.

**Católicos:** «*Vuestros terrenos, aquellos que heredasteis de vuestros antepasados, podéis abandonarlos, despreciarlos o regalarlos, porque al fin y al cabo son vuestros, pero nunca la Tierra Santa que es de Cristo. Un grupo de católicos van a defender sus sagrados intereses y también los del Papa en una gran cruzada ante la naciente Sociedad de Naciones; ¿permitiréis que el estandarte de la cruz caiga en poder del enemigo? ¿dejareis morir solo a este puñado de defensores? ¿os movereis, o por ventura os estareis quietos?»*

“*Alea jacta est.*”



## “Conclusión.”

*HE* concluido, con la ayuda de Dios, la presente obrita lamentando muy de veras que este asunto no haya sido tratado por persona más competente que yo en saber, en virtud y en galas de erudición. Me conduele bastante que una causa tan noble como esta haya sido tratada por mi, porque irremisiblemente al pasar por mi boca o por mi mano ha perdido muchísimo valor. Mas, recordemos que las cosas más grandes suelen tener comienzos muy mezquinos y todos sabemos que incluso el mismo Dios comparó con la más pequeña de las semillas (el granito de mostaza) el reino de los cielos.

Si este libro ha sido inspirado por móviles mundanos morirá sin producir fruto; mas si ha sido inspirado por Dios, vivirá, aunque Satanás rufa de rabia y desesperación.

Si la cruzada se realiza, estoy segurísimo de que apagará odios y envidias, haciendo también olvidar agravios reales y fingidos; pero si por desdicha para nosotros no se llegase a verificar, siempre me quedará a mi la inmensa satisfacción de haber hecho todo lo posible, contribuyendo con mis pocas fuerzas, para ver si se consigue llevarla a efecto.

Ya están dados los primeros golpes en la ruda piedra, ya el cuadro ha recibido la primera pincelada ya está plantada la semilla; pero hacen falta muchos obreros para labrar la piedra, muchos pintores para pintar el cuadro, muchos jardineros para cultivar la semilla.

Asumo desde luego toda la responsabilidad de la presente obrita, añadiendo que sería necio suponer que al escribir este tomito lo hago movido de miras interesadas. Hago acto de sumisión y acatamiento al Sumo Pontífice, Pío XI, y a la Iglesia Romana, y quede como no escrita cualquier palabra que pudiese ofenderles en lo más mínimo. Que mi mano se paralice y mi lengua se pegue junto al paladar antes que escribir o expresar cualquier palabra poco digna de un cristiano, mas, tengo el completo convencimiento de que aún los más escrupulosos se convencerán de que no he escrito nada impropio de un católico apostólico y romano.

\* \* \*

*Lector, te voy a pedir un favor: si te has tomado la molestia de leer esto librito, si tu amabilidad ha sido tanta que lo has leído sin dar señales de fatiga, si tu atención ha estado sin descanso fija en el contenido de esta obrita, te pido que tan solo durante el breve espacio de cinco minutos medites atentamente sobre lo que has leído, sin fijarte gran cosa en la redacción, y en cambio fijándote muchísimo en su significación. Si eres ferviente cristiano, dime ¿qué opinas sobre lo dicho? ¿lo aplaudes o lo rechazas? ¿te quedas tal vez indiferente? Pues mira, si eres enemigo de esta cruzada haz lo que quieras con este librito, destróvalo si tienes empeño en ello y sientes placer al obrar así, pero si por el contrario ves con agrado este escrito guárdalo aunque sea en los más escondidos y apartados cajones de tu pupitre o en algún oculto hueco del armario que te sirve de biblioteca, indícale a tus amigos, no este tomito, sino el proyecto en él especificado y teniendo en cuenta el provecho que a tí te reportara si contribuyes a favorecer una empresa en la que únicamente la mayor gloria de Dios está interesada, sin mezcla de pretensiones mundanas, creo que te considerarás suficientemente pagado.*

*No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, hoy puedes hacer algo, mañana tal vez te sea imposible, y teniendo constantemente presente que algún día has de ir a la tumba, no quieras ir allá sin dejar en este mundo alguna huella de tu paso. Que tu lengua, tu mano, tu espíritu cristiano, en una palabra, todo tu ser se ejercite en esta empresa que en el instante postrero, cuando el sudor frío de la muerte inunde tu rostro, cuando el desencanto de la vida se apodere de tí, cuando tu alma esté ya próxima a salirse de tu cuerpo que lucha con la muerte en las últimas convulsiones de una desesperada agonía, cuando tu carne vea cercano el momento de convertirse en un costal de gusanos, entonces, no lo dudes, te servirá de consuelo y al mismo tiempo te dará esperanza para gustar de las delicias celestiales el haber protegido una causa tan santa como esta. Haz por lo tanto, ahora que puedes, lo que entonces quisieras haber hecho.*

\* \* \*

*Animo, pues, amigo mío, ya es hora de que despiertes de ese profundo letargo en que estás sumido y ayudes, en cuanto puedas, a la realización de esta nueva cruzada, pero antes de comenzar, para poder triunfar, no te olvides de implorar el socorro de Aquel que todo lo puede.*

## “Apunte final.”

*Este librito, escrito en la villa de Feror a la sombra de un santuario célebre, ha sido el bálsamo que ha enjugado mis penas en el transcurso de una enfermedad que me ha retenido durante un año apartado del bullicio del mundo y colocado en la soledad del campo, lejos de todo lo que pudiera distraerme y echarme a perder esta pequeña labor.*



# ÍNDICE

---

	<u>PÁG.</u>
Advertencia . . . . .	7
Dedicatoria . . . . .	5
A los lectores . . . . .	9
Tierra Santa . . . . .	11
Estados Pontificios . . . . .	25
Urgente necesidad de organizar una nueva y verdadera cruzada con objeto de convertir a Tierra Santa en Estados Pontificios . .	45
Conclusión . . . . .	91
Apunte final . . . . .	93

## ERRATAS PRINCIPALES

que se han deslizado en la impresión de la presente obra

Por equivocación del impresor la «*Dedicatoria*» ha sido colocada antes de la «*Advertencia*», debiéndole corresponder a esta última la página 5 y a la primera la página 7.

En la página 49 y con relación a las notas ha habido la siguiente equivocación:

En la línea 33 está colocada la nota (40) en vez de ocupar su lugar al final de dicha página y con letra menuda. En dicho sitio ha sido colocada con el número de (40) la nota (41) que debía estar situada al final de la página 62, en cuyo lugar y con el número de (41) fué puesta la nota (42) que vuelve a aparecer, en su verdadero sitio, al terminar la página 66, a partir de la cual vuelve otra vez a establecerse la normalidad.

Página	Línea	Dice:	Debía decir:
9	7	pura . . . . .	para.
9	25	gala erudición . . . . .	gala de erudición.
12 y nota 2	2	Pilo . . . . .	Nilo.
13	8	transitaba por el desierto el Señor, . . . . .	transitaba por el desierto, el Señor
15	32	los que rodeaban. . . . .	los que le rodeaban.
16	38	el Cesar envió a uno de sus mejores generales . . . . .	el Cesar envió allá a uno de sus mejores generales.
19	11	terrente. . . . .	torrente.
21	3	Madre Luna . . . . .	Media Luna.
21	12	de gozo y cuantos . . . . .	de gozo ¡y cuantos.
22	7	las. . . . .	los.
26	1 y 2	Valba. . . . .	Valla.
26	10	dice . . . . .	dice.
27	26	salvándole. . . . .	salvándose.
28	8	Alianos . . . . .	Alanos.
28	29	Atlila. . . . .	Atila.
29	15	presenta. . . . .	presenta.
33	22 y 23	metó. . . . .	mató.
34	8	año 1.856 . . . . .	año 1.859.
34	17	Terrara. . . . .	Ferrara.
34	19	colocóndose . . . . .	colocándose.
36 y nota 34	5	Capellán . . . . .	Capellén.

Página	Línea	Dice:	Debía decir:
42	13	medianitas . . . . .	madianitas.
46	14	convención. . . . .	conversión.
47	23	su culpa, podrá olvidar.	su culpa? ¿podrá olvidar.
50	20 y 21	inutilizaban . . . . .	inutilizarían.
50	36	moción . . . . .	noción.
51	8	placentar . . . . .	placentero.
52	24	razón. . . . .	sazón.
63	34	un acto excesivo. . . . .	un celo excesivo.
64	30	incompatible . . . . .	incompatible.
65	3	cua . . . . .	cuales.
68	6	clara . . . . .	palpable.
69	4	Rasgad la Tierra Santa . . . . .	Rasgad de Tierra Santa.
71	25	eosa . . . . .	cosa.
72	20	deiensa . . . . .	defensa.
73	38	lqs. . . . .	los.
77 y nota 47	1	protendo . . . . .	pretendo.
78	18	manera otra mejor. . . . .	otra manera mejor.
79	7	no. . . . .	o.
81	7	«El Guante del Degollado».	«El Guante del Degollado».
83	3	Mmbert. . . . .	Umbert.
83	10	Calderón de la Barba. . . . .	Calderón de la Barca.
86	23	Santo. . . . .	Saulo.
88	25	si . . . . .	si.

FIN

De venta en Las Palmas de Gran Canaria, Madrid y Barcelona.

---

Precio del ejemplar, 1'00 peseta.

---